

Selecta

EL GIGANTE RUBIO

A movie poster for the film 'El Gigante Rubio'. The central figure is a man with long, curly blonde hair, seen from behind, wearing a black leather motorcycle jacket and dark jeans. He stands on a paved road with a yellow double line. To his left is a large, white and black spotted dog, possibly a Great Dane, looking towards the camera. In the background, a motorcycle is parked. At the bottom of the frame, three children are gathered around the man's legs: a boy in a blue shirt is crawling, a girl in a white shirt and teal skirt is standing and touching his leg, and another girl in a blue polka-dot shirt is sitting on the ground. The overall lighting is warm and golden, suggesting a sunset or sunrise.

Bela Marbel

El gigante rubio

Bela Marbel

Selecta

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

A mi propio gigante, Cheny Ace.

*A mi madre y me vais a permitir que le dirija unas palabras: mami te lo dedico porque te quiero, eres una de esas mujeres que ya no se hacen, potente, decidida y luchadora, el pegamento que nos une. No hay mayor orgullo que cuando me dicen que soy fuerte como tú. Te quiero toda,
pequeña.*

Mala espía, buena mirona

«¿Cómo puede estar tan bueno? ¿Y a mí qué me pasa? No debería perder el tiempo pensando en eso ¡por el amor de Dios! Soy una madre trabajadora y responsable, me mato haciendo horas para dar a mis hijos todo lo que necesitan, no tengo tiempo ni de mirarme al espejo, mucho menos puedo perderlo tonteando con el vecino.

Oh, oh, oh... no hagas eso, por favor no lo hagas...»

Pero lo hizo, claro que lo hizo, como todos los días, cada vez que llegaba de donde quiera que estuviera durante la jornada, aparcaba su reluciente moto; Bea nunca había visto una moto tan limpia, y tras quitarse el casco, movía la cabeza de un lado a otro dejando la melena ondulada y rubia al viento.

«No puedo, es demasiado pedirme que tras cuatro años de celibato me mantenga impassible ante este... espectáculo de testosterona en movimiento.»

En cuanto Chack bajó de la moto sintió el cosquilleo en la nuca que significaba que lo estaban observando. Ahí estaba otra vez la mirona, no podía distinguirla bien, sabía que se había mudado al edificio de apartamentos hacía unos meses y que tenía tres o cuatro niños muy ruidosos. Vivían puerta con puerta pero, al parecer, ambos pasaban fuera mucho tiempo. Sabía que no había un marido porque la señora Lebowsky, la anciana que vivía en la planta baja, se lo había dicho.

Chack no era demasiado sociable, pero estaba bien educado, todas las semanas le hacía la compra a la anciana y se la llevaba a su apartamento, le

ayudaba a colocarla y casi siempre terminaba pagándola de su propio bolsillo; a cambio tenía la despensa llena de sus galletas favoritas: crema de cacahuete con pepitas de chocolate.

Según la señora Lebowsky, la mujer se llamaba Beatrix, era mexicana y tenía curvas prominentes que no le importaba lucir, esto último lo había constatado con sus propios ojos. La anciana le contó que trabajaba todo el día en una cafetería de una de las zonas de moda en la ciudad. A veces ella se quedaba con los chicos, ayudada por la hija *grunge* de los vecinos. Chack dudaba que la señora Lebowsky supiera qué significaba ser *grunge*, pero lo decía como si formara parte de su vocabulario desde su más tierna infancia.

Por fin se decidió a levantarse de la moto, le dolían hasta las pestañas, el martillo que se le había instalado en la cabeza no dejaba de golpear sin compasión, de lo único que tenía ganas era de tomar dos ibuprofenos y meterse en la cama durante cuarenta y ocho horas. Sí, así de divertido iba a ser su fin de semana.

Levantó la cabeza y, como no estaba de buen humor, en vez de disimular que sabía que lo estaban espiando, la miró directamente, levantó la ceja y compuso su mejor gesto de desagrado, y tenía unos cuantos.

Oh, no podía ser ¡la había pillado! Con tres hijos estaba más que acostumbrada a pasar vergüenza pero, generalmente, no era por su culpa. Cogió lo primero que encontró, una camiseta de Nicky, y se puso a limpiar los cristales; muy bien, se felicitó. Estaba segura de que él no se había dado cuenta, bueno, casi segura. El problema lo tendría con Nicky, ya que había cogido su camiseta favorita y dudaba que la grasa que se había pegado saliera.

Nicky era el mayor de sus tres hijos, tenía nueve años, pero parecía un viejo. Era absolutamente responsable y tenía la costumbre de decirle a todo el mundo lo que debía hacer, también a ella. Completaba sus tareas escolares y ayudaba con sus hermanos y en las tareas de la casa, estaba secretamente enamorado de su niñera de dieciséis años. Fue gracias a él, ya que su madre había fracasado estrepitosamente, que el pequeño Justin había conseguido

dejar atrás el pañal, aún se le escapaba algún pis de vez en cuando, pero ya no mojaba la cama.

El pequeño era tan rubio como su padre, de ojos oscuros y mirada intensa. A sus tres años apenas hablaba, pero era capaz de poner en marcha cualquier aparato electrónico: televisiones, teléfonos móviles, tabletas. Su hermano mayor solía decir que no hablaba porque no le parecía interesante.

Y luego estaba Rubi. A sus seis años no era la típica hija mediana. A Rubi no le gustaba pasar desapercibida, tenía la costumbre de preguntar absolutamente todo lo que se le ocurría, y se le ocurrían muchas cosas, y aunque tenía apariencia de ángel, era mejor no meterse con ella, su transformación de querubín a demonio del infierno se producía en dos segundos exactos. Siempre iba acompañada de su muñeco de peluche, una vieja y andrajosa oveja a la que habían remendado por todas partes. Tenía el pelo rubio, pero los ojos eran del color del caramelo; dejaban ver todas sus emociones. Su piel era blanca como el marfil, a excepción de la nariz que lucía llena de pecas. Tenía seis años y tanto carácter que no le cabía en el pequeño cuerpo.

El sonido del timbre de entrada la sacó de sus ensoñaciones. ¿Quién podría ser a esas horas? Sus hijos estaban con la señora Lebowsky y Spook, la niñera, en casa de la anciana, ya que ella tenía que volver al trabajo en media hora y no regresaría hasta bien entrada la noche porque en los barrios de moda las cafeterías cerraban muy tarde. Tal vez, la señora Lebowsky necesitara alguna cosa.

—Ya voy —informó a la persona detrás de la puerta.

Por poco se le para el corazón ante la visión que tenía del hombre que últimamente llenaba todos sus sueños eróticos.

Tan... grande, tan rubio, tan lleno de hormonas que la llamaban a gritos. Tuvo que respirar hondo varias veces para recuperar el control, se dio cuenta de que la mirada de él se desviaba hacia su pecho.

La mujer que le abrió la puerta estaba mucho de su ideal de mujer. A él le

gustaban las chicas con cara de buena, dulces, pero con carácter, capaces, pero con un punto de vulnerabilidad, por eso cuando conoció a Candy, le pareció que era la persona con la que podría pasar el resto de su vida. No fue así, ni siquiera llegó a cuajar un flirteo entre ellos.

La hembra que tenía ante sí no era una chica, era toda una mujer, dulce pero vulnerable menos cien, sexy como el demonio. Aun estando al borde de la muerte, o por lo menos así se sentía, se le puso dura.

«No, amigo», le dijo al yo que tenía entre las piernas. «Esto no es para nosotros, no necesitamos este tipo de problemas. Queremos una vida tranquila y apacible con alguien que no sea complicada. Esta diosa erótica no cumple ninguno de los requisitos de nuestra lista, así es que ya estás quitando la postura de firmes». Naturalmente, su compañero de viaje no le hizo el menor caso.

Y en ese momento ella lo hizo aun más difícil, ya que, en una evidente estudiada maniobra, elevó los pechos en varias respiraciones, para que a él no le pasara desapercibida la maravilla que escondía la pequeña camiseta que trataba, infructuosamente, de cubrirlos.

—Vecina —le dijo.

—Vecino —contestó ella melosa.

—No me interesa. Gracias, pero no —soltó él así, sin avisar.

Beatrix abrió mucho los ojos, no tenía ni idea de qué estaba hablando el rubio gigante, pero era evidente que tenía fiebre, estaba rojo y sudoroso y respiraba con dificultad, los ojos casi cerrados e inyectados en sangre. La voz rasposa y grave sonaba nasal.

—No sé bien a qué te refieres, pero me atrevo a sugerir que en la cama estarás mejor.

—Ya le he dicho que no me interesa, señora.

La forma en que lo dijo la ofendió. Vale, era muy educado, un típico hombre del sur, pero ella no pensaba que tuviera edad para que le hablaran como si fuera su madre.

Lo perdonaría porque estaba a punto de desmayarse, eso era evidente. A pesar de que no aceptara su consejo.

—Como quieras, pero te advierto que tengo tres hijos y sé muy bien cómo actuar en estos casos.

«Por el amor de Dios», pensó Chack, «esta mujer no tiene contención, por supuesto que sabe hacer hijos, eso es evidente. Claro que, con ese cuerpo y esa boca, da igual cuánto sepa. Quítate esas ideas de la cabeza, capullo».

—No lo dudo, señora, pero...

—Quieres dejar de tratarme así, me estás haciendo sentirme un fósil prehistórico o algo...

—Mire, no tengo mi mejor día. Solo he venido a decirle que no voy a acostarme con usted, así es que será mejor que deje de espiarme. Me marchó, tan solo... yo... solo... quería dejar clara mi postura.

La vio llevarse una mano fina y suave, con las uñas cortas pintadas de rojo, a los pechos, esos pechos repletos y turgentes, no podía dejar de mirarlos. Notó que se le secaba la boca, la gripe le estaba afectando a la garganta, no había duda.

—Mira, pedazo de bruto, cromañón de los *cojones*, lo que indica tu postura es que te mueres de ganas de meterme mano y lo que no es mano, pero no te preocupes. Por mucho que me pongas, lo último que necesito es un tipo duro e insensible en mi vida. Y, por si te interesa, de lo que yo estaba hablando es de que estás muy enfermo, es evidente que la fiebre está afectando a tus neuronas de macho alfa, así es que metete en la cama; solo, y duerme hasta que se te pase. Adiós.

El portazo debió retumbar en todo el edificio, o así le pareció a él, por poco se le cae la cabeza y el dolor punzante en esos momentos era agudo e insoportable. Tres pasos, tenía que dar tres pasos hasta llegar a su casa, abrir la puerta y dejarse caer en la cama, o donde fuera, necesitaba estar en posición horizontal; solo, tal y como la vecina le había dicho. *Cojones*, tendría que preguntarle a Eduardo, su chapista, qué significaba eso. Un paso, dos...

—¿Te estás muriendo? —Una vocecilla llegó hasta él.

—No estoy seguro. —Giró un poco la cabeza para ver de quién era esa voz.

Una chiquilla de unos seis años le miraba desde su metro de estatura agarrada a un muñeco raído con forma de oveja. Unos enormes ojos de color miel se escondían detrás de unas gafas rosas y le miraban con miles de preguntas en ellos. Al instante, se arrepintió de haber movido la cabeza, creyó que le explotaría.

—¿Duele? —preguntó la niña.

—¿El qué?

—Morirse.

—No me estoy muriendo, solo tengo gripe.

—¿Estás seguro? —Ladeó la cabeza expeditiva. La duda reflejada en cada uno de sus diminutos rasgos.

—Bastante. Solo tengo que llegar hasta mi casa y echarme, después de dormir varios días estaré mejor.

—¿Quieres que te ayude?

—No deberías hablar con extraños.

—No eres un extraño, eres el que cuida de la señora Lebowsky. Los demás le damos trabajo, pero tú la cuidas. Ella siempre dice eso. Además, compras mis cereales favoritos siempre. ¿Sabes que también me gustan las chocolatinas?

—Ahora sí.

La niña le enseñó una sonrisa a la que le faltaban dos dientes.

Y eso sí fue amor a primera vista, hacía mucho que él tenía ganas de ser padre, su experiencia cuidando de Angel había sido muy corta, pero le había llenado por completo. Descubrió con el bebé qué era lo que le faltaba a su vida: un hijo, alguien a quien cuidar y que lo quisiera incondicionalmente. Su alma se resquebrajó un poquito, ya casi no veía al pequeño, Candy y Byron lo visitaban de vez en cuando, pero no era como tenerlo en el taller casi a diario.

La niña se acercó y le cogió la mano para ayudarlo a llegar a su puerta,

apenas habían avanzado un paso cuando otra voz infantil los detuvo.

—¡Aléjate de mi hermana! ¡Si le haces algo te perseguiré hasta el infierno para acabar contigo! —le amenazó la vocecilla a la vez que corría hacia ellos.

¡Por el amor de Dios! Él solo quería descansar. Soltó la mano de la pequeña automáticamente.

—Gracias por ayudarme, ve con tu hermano antes de que le dé un ataque o me pegue, todo es posible.

—No me va a dar ningún ataque y no puedo pegarte porque eres muy grande, pero puedo gritar muy fuerte.

—Sí, ya lo he comprobado y, créeme, eso es lo peor que puedes hacerme en este momento.

—No podemos dejarlo solo. Se va a morir, y está feo dejar que la gente se muera sola —protestó la pequeña.

—No me voy a... —intentó aclarar él mientras trataba de meter la llave en la cerradura, cosa que se le antojo muy difícil dado que estaba empezando a ver doble. Todo a su alrededor comenzó a ponerse oscuro y un vacío lo envolvió.

—¡Mamá! —Fue lo último que oyó antes de desplomarse.

Mala vecina, buena enfermera

Bea escuchó un golpe fuerte y seco, salió corriendo al pasillo pensando, como toda madre, en que sus hijos podrían estar en peligro. Al abrir la puerta vio al gigante rubio tirado en el suelo y a sus hijos gritándole a la cara y moviéndolo enérgicamente.

—Te dije que no *chilladas*, lo has matado —se quejó la pequeña.

—¡No lo he matado, tonta! Solo está... dormido. ¡Despierta!

—¡Mamá, Nicky lo ha matado! Vas a tener que respirarle en la boca, lo vi en la tele el otro día.

—Rubi, cariño, eso no será necesario, dejadme sitito. —Bea se arrodilló al lado de su vecino justo a tiempo de ver cómo comenzaba a abrir los ojos.

El hombre vagó con la mirada por cada uno de ellos.

—Parece que al final sí me he muerto, pero no estoy seguro de si estoy en el cielo o en el infierno.

—Te has dado un buen golpe, vaquero —le dijo ella mientras le palpaba la cabeza.

Chack solo tenía una, mejor dicho, dos cosas a la altura de sus ojos: los pechos de su vecina. Y las ganas de tocarlos lo estaban volviendo loco, pero ninguna parte de su cuerpo le hacía caso. Intentó mover las manos, nada; los pies, ni lo más mínimo; la cabeza sí, la cabeza se movía ligeramente. Vio los enormes ojos de los niños fijos en él

—Tengo dos ángeles y un demonio.

—¡Me pido ángel! —jalearon los dos críos a la vez.

—Bien, pues como me toca demonio, voy a hacerte sufrir.

—Ya lo estás haciendo, y como no apartes tus... tu equipamiento de mi cara es posible que, finalmente, me dé un infarto.

—Pues que sepas que, para haber dado de mamar a tres niños, no están tan mal.

—¡Qué asco, mamá! —se quejó el mayor enfatizando cada palabra.

—No decías eso cuando eras un bebé y tenías hambre, Nicky. Id a buscar a Paco, voy a necesitar ayuda para levantarlo.

—Paco me odia —se quejó el rubio al pensar en el portero.

—Yo también y aquí estoy ¿no?

Los niños bajaron corriendo a buscar al huraño hombre, que tenía atemorizados a todos los vecinos y el edificio tan flamante como ningún otro de la vecindad.

—Tú no me odias —la contradijo Chack—: me deseas.

—¿De verdad te parece que estás en las mejores condiciones para coquetear en este momento? Además, hace un rato me has dejado bien claro lo que opinas de eso.

—Puede que haya cambiado de opinión —añadió él. De nuevo intentó mover las manos y esa vez lo consiguió. Las colocó sobre lo que más cerca le quedaba, el escote de ella.

—O puede que el golpe te haya dejado más idiota de lo que eres —le apartó las manos de un manotazo.

—¡Ay! Eso no era necesario.

—Ya, pues piénsalo bien la próxima vez que quieras algo para lo que no tienes permiso.

—Lo siento, yo no soy así, de verdad, debe de ser el golpe. O el dolor de cabeza me está matando.

—Tranquilo, siempre puedo darte otro topetazo para que vuelvas a tu ser.

—Muy graciosa. —Trató de sonreír mientras lo decía.

—Perdón, creo que no me he explicado bien. ¿Pensabas que estaba bromeando?

La expresión de sus ojos negros lo asustó; sí, definitivamente esa mujer era el demonio. Y él estaba en el infierno. Tenía tanto dolor que sentía ganas de vomitar, la cabeza estaba a punto de explotarle y el pecho le iba arder de un momento a otro, hasta su otro yo se encontraba retraído bien escondido en sus calzoncillos, y eso que la preciosidad del infierno se alzaba sobre él dejando expuestos todos sus atributos.

Sintió que todo se oscurecía de nuevo y caía en un agujero silencioso y solitario mientras una voz lo llamaba intentando que se mantuviera despierto.

Poco a poco la niebla que lo envolvía comenzó a disiparse, escuchaba voces lejanas que le parecieron conocidas. Abrió primero un ojo y se dio cuenta de que todo a su alrededor estaba en penumbra. Con esfuerzo, abrió el otro, enfocó la mirada en un punto que le molestaba especialmente; sus piernas, no podía moverlas. ¿Qué le estaba pasando? Por fin pudo distinguir el motivo de su inmovilidad. Big Rock estaba cómodamente acostado sobre él.

El enorme perro blanco con manchas negras que vivía con él estaba usándolo como almohada. Se movió intentando cambiar de postura, Big Rock lo miró indiferente. Parecía que no le perdonaba que hubiese llegado tarde a ponerle la comida. Haciendo un gran esfuerzo, Chack consiguió sentarse en la cama y apoyar los pies en el suelo, todo le dio vueltas, pero al menos la cabeza no le dolía tanto. Se dio cuenta de que estaba empapado en sudor, si consiguiera ponerse en pie y llegar hasta el baño...

La puerta se abrió y entró su amigo Leo. Era enfermero, trabajaba en el hospital Memorial de Houston. Básicamente era una buena persona con mucho cariño para todo el mundo, pero con mala suerte en el amor. La persona de la que estaba enamorado era lo peor que podría haberle pasado.

—Vuelve a la cama, estás enfermo —le ordenó.

—Eso ya lo sé, lumbreras. Me duele todo el cuerpo y cada vez que respiro se me clavan cientos de agujas en el pecho.

—¿Cómo va la cabeza?

—Mejor. Tengo que ponerle la comida a Big Rock.

—Ya se la puse yo, y una de tus vecinas lo sacó a pasear.

—¿Una de mis vecinas? —repitió intrigado.

—Sí, la buenorra no, la adolescente. Por cierto, a la buenorra no le caes muy bien.

—Lo sé —contestó mientras volvía a meterse en la cama.

—¿Qué le has hecho? No es que seas muy sociable pero, por lo general, caes bien a las mujeres.

—Solo le dije que no quería acostarme con ella.

—¿Perdona? —le preguntó acercándose con el termómetro como arma.

—Me espía.

—¿Tu vecina? —Tras colocarlo en su oído esperó a que pitase.

—La buenorra, no la adolescente.

—Sigues teniendo fiebre.

—No son alucinaciones por la fiebre, lo sé, me espía.

—Lo decía de forma literal. Tienes mucha temperatura, ya hace cuatro horas que te di el paracetamol, toma esto.

—¿Qué es?

—Ibuprofeno —le dio las píldoras y un vaso con agua.

Chack intentó recordar qué había pasado mientras tragaba el medicamento.

—No me acuerdo de cómo he llegado hasta aquí, pero recuerdo haberme caído en el rellano.

—Es una historia interesante. Parece ser que tienes un vecino mirón en frente, vio cómo caías y aseguró que no te habías golpeado la cabeza, los niños dijeron lo mismo. Así es que entre tu vecina la buenorra, que por cierto se llama Beatrix, el portero, el fisgón y la adolescente te arrastraron hasta el

interior de tu casa. Bea cogió tu móvil y llamó a uno de tus números de emergencia.

—A ti.

—No.

—¿No? —repitió frunciendo el ceño.

—Tu hermana viene para acá. Ella fue quien me llamó a mí.

—No ¡joder! Esa mujer quiere matarme de verdad —se quejó amargamente.

—¿Tu hermana?

—No, la buenorra.

—Bea.

—Como sea.

—Pues, como te decía, yo me quedaré contigo hasta que vuelva de trabajar y luego vendrá ella a pasar la noche hasta que llegue tu hermana. La señora Lebowsky quería quedarse, pero no nos ha parecido prudente, es mayor y podrías contagiarla. Ella, la adolescente y los críos van a hacer esta noche una fiesta del pijama y, por lo que parece, tú también.

—Vete a la mierda, Leo. No necesito niñera.

—Te has desmayado dos veces, es o esto o el hospital. Tú decides.

—Sabes que no puedo pisar un hospital.

—Pues, entonces, todo resuelto. Te traeré otro caldo del que te ha dejado tu vecina, tienes una olla entera.

—¿La buen... Bea?

—No, la otra.

—¿Spook?

—No, la señora Lebowsky.

—Oh, bien.

Después de tomarse el caldo volvió a quedarse dormido.

Despertó con algo frío en la cabeza, le hacía sentir un gran alivio. Olía a tortitas y sirope, le daban ganas de lamer...

—Uhm... buenorra... qué bien hueles.

—Oye, la fiebre no te baja. Deberías ir al hospital. —No era la voz que él asociaba a un desayuno perfecto como el que se estaba imaginando. Era más parecida a la voz de una madre cascarrabias.

—No pienso ir a ningún hospital. —Para enfatizar su sentencia, se dio la vuelta y se tapó hasta la cabeza.

Ella no se amilanó, rodeó a la cama, que por cierto era enorme, hasta ponerse frente a él, no sin antes tener que sortear al gran y pasivo perro que dormitaba en la alfombra.

—Estás siendo un irresponsable. La has pillado muy gorda y puede ser peligroso.

Un arranque de tos dejó claro que Bea tenía razón. Todo el cuerpo le vibró y se resquebrajó por el esfuerzo.

—¡Dios! Creo que voy a morir —se quejó.

—No, si dejas que te lleve a un hospital. Esperemos que no tengas neumonía.

—¿Te he dicho ya que me dejes en paz?

Ella, por toda respuesta, abrió un cajón de la cómoda y sacó una camiseta y un pantalón de chándal. Le metió la camiseta por la cabeza y le cogió un brazo dispuesta a colocárselo dentro de la prenda.

—Te estás comportando peor que mis hijos —le riñó.

—Huelo a cerdo.

—Sí, y tu aspecto no difiere mucho de tu olor.

—Te lo estás pasando en grande viéndome sufrir.

—Claro, lo mejor después de diez horas de pie, sirviendo tortitas, bacon y café, es venir a cuidar de un desconocido y engréido cascarrabias.

—Pues lárgate y déjame tranquilo.

—Eso quisieras. —Le bajó la camiseta entre tirones y quejas del hombre y

comenzó a colocarle el pantalón.

—Deja, yo puedo hacer eso. —Se incorporó para ponérselo y un arranque de tos le volvió a postrar en la cama, pero no soltó la prenda.

—Como quieras, voy llamando un taxi.

—No hace falta, mi seguro cubre el traslado en ambulancia.

—¿Y por qué no lo has dicho antes? —le gritó ella poniendo los brazos en jarras.

—Porque no tenía intención de usar el servicio —trató de imitar el tono de ella, pero de nuevo lo venció la tos.

Afortunadamente, el pantalón ya estaba puesto.

—Necesito los datos de tu seguro.

—Llama a Leo, él lo gestionará rápido.

Se dio cuenta de que a su alrededor todo estaba oscuro, le pesaba la cabeza una barbaridad, pero ya no sentía el dolor punzante que lo había martirizado durante todo el día. La quemazón en el pecho también había mejorado. No quería abrir los ojos, sabía que estaba en el hospital; él odiaba los hospitales, pero sobre todo odiaba las agujas. Era un tipo grande y duro, capaz de derribar una pared de un puñetazo, pero su fuerza era equiparable a su capacidad para desmayarse. No olía el perfume a café y magdalenas de su vecina, el aroma que le llegaba a la nariz era algo más floral... ¡Oh, Dios! Su hermana.

—Deja de hacerte el dormido, me he dado perfecta cuenta de que estás despierto desde hace un rato.

—Querida hermana, te echaba de menos —contestó él, aún sin abrir los ojos.

La imaginaba allí, con su reprochadora mirada azul, su brillante melena castaña, su belleza de niña buena, su *yo tengo la razón en todo y tú te*

equivocas. No entendía cómo John, su abogado y a pesar de todo amigo, podía convivir con ella. Él la quería muchísimo, pero no podían pasar dos horas juntos sin discutir. Su cuñado decía que se parecían demasiado.

—No intentes distraerme poniéndote tierno y mírame.

Él abrió los ojos, de repente se sintió como si volviera a tener cinco años, y su hermana mayor, que tenía por entonces siete años, le estuviera riñendo por cortarle el pelo a sus muñecas para hacerlas pasar por guerreras.

—Nunca me lo has perdonado, ¿verdad?

—Mis muñecas pueden machacar a los tuyos aun con el pelo largo. —Hacía muchos años que siempre que surgía la tensión entre ellos, sacaban a relucir la ya épica pelea de las muñecas. Era la forma que tenían de rebajar la tensión.

—Estoy bien, de veras, la buen... mi vecina ha exagerado.

—No —le contestó ella acercándose y tomándole la mano—, tu cabezonería ha podido costarte muy cara. Tienes neumonía, hermano. Ya puedes darle las gracias a Beatrix, porque te ha salvado la vida.

—Sí, bueno...

—Además, se quedó contigo hasta que llegué yo y, por lo que me contó, Leo hizo turnos para estar también contigo en casa. ¿Estás seguro de que solo es una vecina?

—Lo estoy.

—¿Te gusta? Porque ella está loca por ti.

—No está loca por mí, solo le gusta mi cuerpo, como a todas, menos a...

—¡Venga ya! No te enamoraste de Candy, lo que pasa es que te gustó la idea de familia que ella te ofrecía, y además tu complejo de salvador de damas...

—Yo no tengo complejo de salvador de damas...

—¿Te gusta o no?

—Está buena ¿vale? —Chack sintió un acceso de tos y se incorporó.

—No estoy hablando de eso —le contestó mientras le acercaba un vaso de agua.

—Tiene tres hijos, la maleta muy cargada y yo no...

—Exacto, tú no. —Esa no era la voz de su hermana.

—¡Mierda! —se lamentó.

Bea se acercó lentamente a la cama, no se podía creer lo que ese majadero estaba diciendo.

—Me alegra comprobar que estás mejor, estaba preocupada. Trae, ya me hago yo cargo del vaso. —Él se lo entregó obediente, ambos notaron que le temblaba la mano.

Beatrix miró el vaso y luego lo miró a él, y, con un gesto nada contenido, se lo echó a la cara, lo posó con un golpe en la mesita y salió de la habitación. Le dio rabia no poder dar un portazo, ya que la puerta era corredera. La dejó entreabierta tal y como estaba al llegar ella.

Chack no podía creerse cuánto había metido la pata, tendría que rogarle de rodillas para que lo perdonase. O dejarlo así, si seguía enfadada con él no se le acercaría y eso le evitaría problemas; seguro.

—Voy por una toalla —le dijo su hermana con cara circunspecta.

—No te atrevas a reírte —le advirtió él.

—Ni se me había pasado por la cabeza.

Chack escuchó la risa de su hermana desde la cama.

Mala fontanera, buena madre

Beatrix tuvo que taparse la cabeza con la almohada, eran las tres de la mañana. ¿Cuántas veces podía ese hombre hacer gritar a la conquista de turno? Y ¿por qué no fijaba el cabecero de la cama a la pared para que no golpeará con cada arremetida? Se lo diría al día siguiente, y ya puestos le diría también que cambiase el somier, el ruido que hacía ese era insoportable. Por Dios, ¿cómo era posible que hiciese tanto calor allí? ¡Por fin! Una hora y media era tiempo más que suficiente para un polvo de usar y tirar. No quería ni imaginarse lo que podría ser con amor de verdad. Frenó en seco esos pensamientos, era una locura, él ya le había dejado bien claro que no quería nada con ella.

Miró el reloj, eran las seis de mañana, pasó media hora más dando vueltas en la cama, estaba excitada, no podía negarlo, y no podía dormir. No quería quitarse sola la frustración, no después de escuchar lo que su vecino del demonio era capaz de provocar en una mujer. Se levantó enfadada, se duchó con agua fría y, al terminar, se dirigió a la cocina y se preparó un chocolate. Se dio cuenta de que el fregadero no tragaba el agua, ¡genial!

Chack se despertó con un insoportable ruido en la cabeza, parecía que alguien le estaba dando con un martillo. Abrió los ojos y miró el despertador que tenía en la mesilla de noche; marcaba las siete y media. Las siete y media de la mañana de un sábado, él había salido anoche con sus compañeros del taller, se había pasado con los chupitos de tequila y había tenido sexo con una

rubia desconocida. Mucho sexo. No pasaría a los anales de la historia, pero no había estado mal. Escuchó un ligero ronquido.

La rubia... Se giró con brusquedad, allí estaba. La verdad es que era preciosa, alta, delgada y con una buena delantera, que lo suyo le habría costado, a juzgar por el tacto. Se planteó la posibilidad de tener otra sesión antes de acompañarla a su casa.

Los malditos martillazos no cesaban, y no lo hacían porque no estaban en su cabeza, eran reales y procedían de la casa de su vecina.

Hacía mucho que no veía a Beatrix, cuando volvió del hospital le dejó un ramo de flores con una nota de agradecimiento en la puerta y eso fue todo. Un mes, hacía un mes, vivían puerta con puerta y no habían coincidido, ya no le espiaba, ahora lo hacía su hija. Cada vez que él pasaba por delante de su puerta para ir a su apartamento, aparecía la cría y le agarraba de la pierna a modo de abrazo, o le metía notas por debajo de la puerta deseándole que se pusiera bien, contándole cosas del cole. No sabía en qué momento había pasado, pero la verdad era que esperaba las historias de la niña como un sople de aire fresco.

Se levantó decidido a ver qué pasaba en casa de su vecina, y en cuanto el martillo dejara de molestarle, volvería y haría lo que cualquier hombre en su sano juicio. Al fin y al cabo, ¿qué podía haber mejor que una buena sesión de sexo un sábado por la mañana?

Se puso un pantalón de chándal y, tras pasar por el baño y darse una ducha rápida, fue a la cocina y se preparó un café, nunca salía de casa sin un primer café extragrande. Con la taza aun en la mano tocó al timbre de su *querida* vecina.

Le abrió el chico más mayor, que lo miró ceñudo y se cruzó de brazos.

—¿Qué quieres? —le preguntó.

—Si añades, señor, a esa pregunta, te contestaré y, por cierto, no deberías abrir la puerta sin preguntar.

El niño apretó la boca, pero se corrigió, al fin y al cabo, era texano.

—¿Qué quieres, señor?

—Mucho mejor. Aun así, no deberías abrir la puerta sin saber quién hay detrás. ¿No hay ningún adulto en la casa? —No quería preguntarle directamente por su madre.

—Está mi madre, pero intenta arreglar el fregadero, así es que ahora no puede abrir.

—Con esos martillazos, no creo ni que haya oído el timbre.

De repente, un polvorín rosa en forma de niña se abalanzó hacia él y se agarró a una de sus piernas.

—¡Oh, Chack! Estaba escribiendo una carta para ti —le confesó.

—Qué bien, tenía ganas de saber qué hiciste ayer en el cole.

—¿De verdad? —preguntó la niña ilusionada.

—Pues claro que no, tonta, es un viejo, no le interesan las cosas de los niños —la molestó su hermano.

—Te equivocas, sí me importan, y no soy viejo, por cierto, ni tu preciosa hermana merece que la llames tonta.

—Ya, claro —soltó Nicky con un bufido.

—Por ejemplo —le dijo mientras cogía a la pequeña en brazos—, me gustaría saber de dónde has sacado ese pijama tan chulo, chaval.

Nicky estrechó los ojos sopesando si era verdadero interés o estaba tratando de ganárselo para acercarse a su madre, como hacía su padre.

—No te importa —le contestó desafiante.

—Eres muy pequeño para tener tanta rabia acumulada.

—¡No soy pequeño!

—Tu pelo de la cara pica, me hace risa. —Los interrumpió la pequeña que estaba jugando con su barba.

Él le sonrió y le rascó en la tripa, lo que hizo que la niña se riera más fuerte.

—Veo que eres el jefe de la casa. ¿Me dejas pasar a ver si puedo conseguir que tu madre deje de martirizar a todo el vecindario con esos golpes? —Se

dirigió formalmente a Nicky, consciente de que el chico había asumido ese papel y estaba muy orgulloso de él.

—Yo lo he intentado, pero es imposible, es muy cabezota. No quiere esperar a que Paco suba mañana.

—Bueno, a ver si puedo ayudar.

Dejó a la niña en el suelo y se dirigió a la cocina, la distribución de la casa era muy parecida a la suya, la puerta de la cocina tenía cristalera y estaba cerrada. La abrió y entró, la imagen de Beatrix con medio cuerpo dentro del armario del fregadero, arrodillada, y con el culo en pompa casi le provoca un infarto.

Carraspeo intentando que ella notara su presencia, nada; más fuerte, tampoco.

Si hubiese habido una manada de elefantes bailando en su salón no lo habría oído, ni siquiera se había enterado de que él estaba allí, continuaba golpeando la tubería. A los sonidos del martillo se unió un llanto, lejano, leve. Como un soplo llegó a sus oídos, pensó que podía ser una ensoñación, pero Bea se quedó inmóvil y los golpes cesaron. No había oído el timbre, ni la puerta, ni su carraspeo al intentar llamar su atención, pero el ligero llanto de su hijo, sí. Eso debía ser cosa de madres.

Beatrix salió culeando hacia atrás del hueco del fregadero, se dio media vuelta y soltó un enorme grito; enorme de verdad. Chack nunca había oído nada igual, tuvo que taparse los oídos, como un acto reflejo cerró los ojos; grave error.

No vio por dónde venían los golpes, afortunadamente con el susto su vecina había dejado caer el martillo. Él era grande; ella, no. Parecía que un mosquito estuviera golpeando a un oso, no dolía, pero era muy irritante.

Chack hizo lo único que se le ocurrió, le agarró las muñecas para sujetarla poniéndole los brazos detrás de la espalda. La empujó contra la pared y apoyó su peso en ella para inmovilizarla.

—¡Suéltame, bruto! —vociferó ella.

—Yo, el bruto soy yo ¿no?

—Me has dado un susto de muerte. ¿Cómo demonios querías que supiera que estabas ahí?

—Porque he llamado al timbre, porque he estado un rato conversando con tus hijos, porque he abierto esta maldita puerta y he hecho ruido para que me escucharas.

Él había bajado considerablemente la cabeza, de modo que sus narices estaban casi pegadas, sus respiraciones se mezclaban y, por unos segundos, un hilo invisible los atrajo hasta que parecía que sus cuerpos se habían fundido y sus labios estaban a punto de hacer lo mismo.

Chack le subió los brazos por encima de la cabeza y se deleitó del movimiento, del roce de sus cuerpos, notó el pecho de ella, suave y maleable contra su respiración. ¡Joder! Eso eran pechos de verdad, quería probarlos más que ninguna otra cosa en el mundo. Se dio cuenta que los estaba mirando con fijeza. Se le estaba haciendo la boca agua.

Bea se había excitado como nunca en su vida, era una mujer explosiva, muy apasionada, su exmarido siempre le decía que era demasiada mujer para él. Y se suponía que era un alago, pero, en realidad, era la excusa perfecta para no tener que esforzarse en la cama, igual que no se esforzaba en ninguna otra cosa.

Su vecino la estaba devorando con los ojos, desde luego no tenía la delantera de la rubia que se había llevado anoche a la cama. Sí, sabía que la del jaleo era rubia porque seguía espiándolo, solo que entonces tenía más cuidado. Sus chicas habían alimentado a tres criaturas y ya no eran duras, ni le llegaban a la garganta, claro. En ese momento no parecía que a él le disgustara eso, pero cuando viera las estrías... No las iba a ver ¿o sí? Bea fijó la mirada en un punto seguro, el cuello, Chack tenía el cuello largo, la barba le cubría la mandíbula, terminando en pico, la piel morena era tan apetecible... Ya, y eso mismo debió pensar la rubia siliconada, porque lucía un moratón producto de la pasión.

Puede que fuera la rabia, o el susto, o su carácter latino; algo que a su ex también le encantaba recordarle. Lo que fuera la impulsó a subir la rodilla y dejar que se estampara contra su zona más sensible.

Él dio un grito. En realidad, dada la diferencia de tamaño, apenas le había rozado, se echó al suelo con las manos en la entrepierna, más por hacerla sentir culpable que por que le doliera. Pero su vecina no se ablandaba fácilmente. La vio coger el martillo y sus pelotas se encogieron de verdad.

—Si vuelves a tocarme o mirarme así, te doy con esto ¿queda claro?

—Sí, señora —le contestó él mirándola con media sonrisa.

—Bien ¿a qué has venido?

—He oído los golpes. Esa tubería debe haberte mirado muy mal, porque la estás machacando. ¿Necesitas ayuda?

Ella achicó los ojos fulminándolo, tenía la boca fruncida y parecía que iba a negarse.

—Te lo debo —insistió Chack.

—Está bien. —Salió de la cocina dejándolo solo.

El llanto de Justin se había convertido en un gimoteo hasta desaparecer. Bea abrió la habitación en la que dormía ella con el pequeño y se quedó observando a sus niños. La imagen que vio era perfecta: sus tres hijos estaban tumbados en la cama de matrimonio y Nicky les estaba leyendo un cuento a sus hermanos, que lo miraban embobado. Era un niño maravilloso, echaba de menos a su padre, a pesar de que este no se lo merecía. Ella había intentado jugar al fútbol y esas cosas, pero no se le daba bien, tenía una amiga que era entrenadora en la liga infantil de soccer y Bea intentó aprender, pero no era lo suyo. Veía el anhelo en los grandes ojos de su hijo y se le partía el alma.

Oyó un carraspeo a su espalda y se volvió con sigilo, poniéndose el dedo en los labios para indicar al gigante rubio que no hiciera ruido, no quería interrumpir ese momento entre sus pequeños.

—Haz otra vez la voz de pato —le pedía Rubi a su hermano.

Ella tomó por el brazo a su vecino y lo llevó sin miramientos hacia el salón.

—Son grandes chicos, estás haciendo muy buen trabajo, sin duda.

—Lo son, son lo mejor de mí. ¿Has podido arreglarlo?

—Princesa, me temo que te has cargado la tubería. —Le enseñó un trozo del tubo con varios cortes—. Tengo que salir a comprar otra. No tardaré.

—Déjalo, puedo vivir sin fregadero un día, mañana le diré a Paco que lo haga.

—No me importa, en serio, no tengo nada mejor que hacer, pero a cambio me tienes que invitar a desayunar —le pidió rozándole apenas las mejillas con los nudillos.

Ella notó tanta aspereza en su piel, como ternura en el acto.

—¡Sí, sí! Yo quiero desayunar con él y quiero tortitas.

Los niños habían salido de la habitación, la pequeña estaba nuevamente aferrada a la pierna de Chack, mientras Nicky sostenía en brazos al menor.

—Bueno, si le vamos a invitar, debería escoger él ¿no crees? —repuso su madre.

Rubi lo pensó un momento.

—Vale —declaró mientras lo miraba con los ojos muy abiertos y suplicantes, el labio inferior sobresalía sobre el superior, en una especie de puchero encantador.

—Ya sé lo que quiero —confirmó Chack—: ¡tortitas!

La niña gritó y se puso a saltar con los brazos en alto, él rio con ganas, pero cuando desvió la mirada hacia el mayor de los tres, se dio cuenta de que el niño no sonreía, lo miraba con el ceño fruncido y una gran advertencia en la cara.

—Me vendría bien algo de ayuda, claro —añadió Chack—. Ya que voy, quiero comprar algunas cosas más, y además tengo que pasar por la tienda de deportes para comprarme un balón nuevo, iba a pedirle a Spook que me acompañara, entiende mucho de estas cosas, pero hoy no está.

Chack se rascó la barba como si estuviera pensando una solución. Miró de reojo a Beatrix, que estaba cogiendo a su hijo pequeño. Él creyó que hacía

algo bueno al provocar al mayor para que lo acompañase, pero ella no le estaba mirando precisamente con cariño. Fijó su atención en Nicky y vio cómo el niño se encogía de hombros y, con voz apenas audible, le contestaba.

—Yo soy tan bueno como ella, puedo acompañarte si quieres. —Mientras hablaba miraba hacia abajo, se había metido las manos en los bolsillos traseros de sus pantalones vaqueros y golpeaba el suelo con la puntera de una de su zapatilla de loneta y cordones.

—Cariño, no tienes que ir si no quieres, estoy segura de que el vecino podrá arreglárselas solo.

El vecino, no había querido ni pronunciar su nombre, no tenía ni idea de qué había hecho mal.

—No pasa nada, mamá. Rubi no me ha dejado que la vista, no le gustaba lo que yo había escogido. Voy a por mi mochila.

El niño desapareció en la habitación que compartía con su hermana y Chuck aprovechó para susúrrale a Beatrix:

—¿Se puede saber qué he hecho para que me mires así?

—Ya hablaremos, no le compres nada ¿de acuerdo?

—Vamos, es un buen chico, se merece algún premio de vez en cuando — protestó él.

—Soy muy capaz de cubrir las necesidades de mis hijos.

—No hablo de necesidades, hablo de recompensas.

—No lo entiendes, ¿verdad?

—Está claro que no.

Nicky salió de la habitación intentando disimular una gran sonrisa. A Beatrix se le encogió el corazón.

—Estoy listo —declaró.

—Pues vamos. —Chuck se encaminó hacia la puerta de la salida, de nuevo con Rubi enganchada a su pierna.

—Rubi, suelta esa pierna que no es tuya —la riñó su madre. La niña se soltó de mala gana y el gigante rubio y Nicky salieron al pasillo.

Beatrix observó cómo el hombre se llevaba la mano hacia el bolsillo del pantalón y se palpaba, luego miró alrededor con curiosidad.

—¿Qué pasa? —le preguntó.

—No sé, tengo la impresión de que se me olvidó algo.

—Chacky. —La rubia de la noche anterior estaba plantada en el pasillo, vestía un pequeño top y una minifalda de cuero, y lo interrogaba en silencio.

—Eh... —Chack, no pudo decir nada más.

—Sí, parece que algo se te olvidaba, *Chacky*. Niños, cambio de planes —ironizó ella.

—No, espera, no vamos a cambiar nada. —La miró ceñudo su vecino.

—Oye, en serio... —insistió Bea.

Nicky se volvió hacia la entrada de su casa, no sin antes darle una patada a la raída moqueta del pasillo. Chack lo agarró por la mochila.

—No cambia nada, campeón, nos vamos de compras.

—¿Son tus hijos? —quiso saber la rubia.

—Sí —contestó Rubi.

—¡No! —gritó Bea.

—Tampoco hace falta que lo digas así, no serían tan terrible —protestó Chack.

—¿Cómo que no? No sabes lo que dices —le corrigió Bea.

—Oye, soy un buen tío ¿sabes? Y estoy perfectamente capacitado para ser padre.

Beatrix puso los ojos en blanco y le dio en el pecho con la punta de su dedo índice.

—Permíteme que te diga que no tienes ni idea de lo que estás diciendo ¿crees que es fácil? Pero si ni siquiera te acordabas de que tenías a una mujer en tu casa.

—Eso no es lo mismo.

—¿Por qué?

—Porque no importa.

—Vaya, gracias —les interrumpió la joven yendo hacia la escalera—. ¿Sabéis? Si no estáis casados deberíais estarlo. Hacéis una gran pareja.

—¡Joder! Espera, nena, no era eso lo que quería decir...

—Has dicho una palabrota, me debes una moneda —lo interrumpió Rubi.

—Ah, ¿no era eso? —lo provocó la mexicana.

—Bueno, sí, pero en mi mente no ha sonado así —se defendió él.

—Adiós, no me llames —contestó la chica.

Chack se llevó las manos a la cabeza y se la rascó con fuerza.

—¿Cómo se llama? —lo picó Bea.

—¿Qué?

—La nena, ¿cómo se llama?

—¿Y a ti qué más te da?

—¿Cómo se llama, *Chacky*? —se burló ella.

—No me acuerdo, pero oye yo no...

Bea entró en su casa con los tres niños. Chack se quedó parado mirando fijamente la puerta que acababan de cerrarle en las narices, y con el trozo de tubería aun en la mano.

—¡Mamá! —El gigante rubio oyó cómo se quejaba Nicky.

La puerta se abrió y Chack sonrió triunfante, entonces Bea le quitó el trozo de tubo de la mano y le cerró de nuevo la puerta.

Estaba en *shock*, no sabía exactamente qué había pasado. Apoyó la espalda en la pared y se dejó caer hasta el suelo. Entendía que su cita de la noche se hubiera enfadado, pero no tenía ni idea de por qué le importaba a Beatrix que él no recordara el nombre de la chica, después de todo el suyo sí lo recordaba y muy bien. Escuchó a Rubi llorar como si la estuvieran matando y sonrió, por lo menos tenía una aliada.

—¡No es justo! —Ese era Nicky, a su voz le siguió un golpe, él diría que se había encerrado en su habitación.

Bueno, pensó, por una mañana ya la había liado suficiente, se iría a su casa y se tomaría ese desayuno que había esperado compartir en familia. Tal vez

podría llamar a Candy e ir hasta Wellstone a pasar el día. Incluso podía ir a pasar el fin de semana con su hermana. De nuevo la familia, no sabía qué demonios le pasaba que solo podía pensar en eso. Tenía la sensación de que no se sentiría a gusto haciendo ninguna otra cosa. Y, probablemente, eso era lo que le atraía de su vecina, y no era una buena razón. Por lo menos, no podía ser la única razón por la que deseara con todas sus fuerzas acercarse a ella, no podía encapricharse como lo hizo con Candy y Angel. La solución a todos sus problemas era la misma de siempre: sacar su moto y se iría de ruta, así se había olvidado de la rubia, y así se olvidaría también de la morena. Sacó su teléfono y envió un mensaje, la respuesta sonó al instante. Estaba hecho: desayunaría algo contundente y a volar.

Los chicos del club tenían prevista una ruta de seis horas; a él le duró media, puso una excusa y volvió. No podía concentrarse en disfrutar de la soledad y la libertad que le daba su moto, la cara de decepción de Nicky estaba grabada a fuego en su memoria; la cara de furia de Bea lo ponía tan caliente que le hacía incómoda la marcha. Hizo una parada antes de regresar hacia su casa.

Buen sexo, mala idea

Chack subía los escalones de dos en dos, estaba convencido de lo que iba a hacer. Estaba claro que la atracción que sentía por su vecina era correspondida, probablemente ella no querría mezclar a sus hijos en una relación con él, y eso le parecía bien. Sabía bien que era una buena madre, pero no había tenido en cuenta todas las posibilidades, él podía comportarse como un amigo, no era la primera vez que se aguantaba un calentón. Escuchó jaleo en el primer piso, demasiado para que la señora Lebowsky estuviera sola. Se acercó y escuchó los ruidos que procedían del salón.

La señora Lebowsky escuchó el sonido del timbre, bajó la voz de la televisión en la que Spock y Nicky jugaban a uno de esos torneos sangrientos y llenos de cabezas cortadas y puñetazos, y se dirigió hacia allí. Divisó la imagen del bueno de Chack a través de la mirilla. Toda una sorpresa.

—Hola, cariño —lo saludó tras abrir la puerta.

—Señora Lebowsky. Yo... he comprado unas cosas, pensé que tal vez... no sé. ¿Necesita algo?

—Yo no, pero tú parece necesitar tranquilizarte, pasa ¿quieres una cerveza?

—No, en realidad he traído algo para Nicky.

El chico se quedó rígido al oír su nombre. No sabía cómo actuar ante el hombre, en realidad le caía bien, pero no quería que fuera así. Era muy grande y seguramente muy fuerte. Su hermana le había contado que tenía pesas casi tan

grandes como ella. Él hubiera querido verlas, y aprender a levantarlas para hacerse fuerte y que no se metieran con él en el cole, pero a su mamá no le caía bien, siempre se peleaba con él. Y además daba igual, porque al final se iría, como su padre. A ningún papá le gustaban los niños que no sabían jugar al fútbol, y él no sabía, aunque quería aprender, pero también quería leer, le gustaba mucho conocer historias nuevas.

—Nicky, tienes visita —lo llamó la anciana.

El niño no contestó, pero desde la cocina salió corriendo Rubi que, de nuevo, se enganchó a la pierna del gigante.

—¿Has venido? Sabía que lo harías.

—Pues claro que sí, princesa. —La cogió en brazos sin soltar las bolsas.

La niña le agarró la barba y se puso a jugar con ella.

—Tengo un secreto.

—Ah, ¿sí?

—Sí —sentenció la niña con un enérgico movimiento de cabeza. Poniéndose las manos alrededor de la boca en forma de altavoz, se acercó a su oído y le susurró—: Te he guardado tortitas. No se lo puedes decir a mami porque dice que eres un anormal.

—¿Tu madre ha dicho que soy anormal? —casi gritó con sorpresa.

—Creo que lo que ha dicho es amoral —la corrigió Spock.

—Yo no soy amoral. —No supo si sentirse aliviado ante el cambio de adjetivo—. Todos lo sabéis. ¿Acaso ha puesto una pancarta en la fachada del edificio?

—No le des ideas —se rio la adolescente—, ¿qué has comprado? Te he ganado, chaval, me debes cinco pavos.

—No tengo dinero —le contestó Nicky, tirando el mando al sofá y cruzándose de brazos con evidente enfado.

—Pues apúntalo en la cuenta para cuando seas un importante escritor, en total serán unos tres de los grandes.

—Sí, claro... como que voy a ser escritor, seré futbolista. —Mientras hacía

esa declaración miraba de reojo a su nuevo e inconfesado héroe.

—Es una pena —le dijo Chack acercándose y sentándose en el sofá—, a mí me encanta leer, los números no se me dan muy bien, me ponen nervioso. Pero leer me encanta, y montar y desmontar cosas, claro. Ojalá tuviera imaginación para inventarme historias.

El niño lo miró con recelo.

—A mi mamá le gustan mucho los números, a mí no, pero sí sé inventar historias —confesó mirando hacia abajo

Chack se fijó en que también golpeaba el suelo con la punta del pie. Era algo que hacía cuando se ponía nervioso.

Sintió un ligero peso en su propio pie. El pequeño se había sentado encima de su bota del cuarenta y ocho. Para el crío, era casi como estar en una barca.

—Tú eres Nicky y tú Rubi, pero no sé quién eres tú.

El pequeño lo miró fijamente y le golpeó en la espinilla con un bloque desmontable de plástico duro.

—Es Justin, es mi hermano pequeño, yo cuido de él —declaró Nicky.

—Ya veo, golpeas igual que tu madre.

Rubi se llevó la mano a la boca y se puso a reír con fuerza.

Spock se levantó y cogió la bolsa que había dejado en el suelo Chack.

—A ver qué traes aquí. —Escarbó dentro y sacó un balón de fútbol.

—Genial, ahora podremos practicar en condiciones —declaró mirando a Nicky. El niño dejó que una leve sonrisa se posara en su cara; una sonrisa muy leve.

—Vale —suspiró.

—Espera, hay algo más ¿libros? ¿El diario de Greg? —se sorprendió Spock —. Tío, tú sí que sabes hacer bien las cosas. Parece que debajo de todos esos esteroides hay cerebro.

—¡Niña, no digas barbaridades! —la riñó la señora Lebowsky.

—Está bien, no volveré a decir que tiene cerebro —rezongo poniendo los ojos en blanco.

—No deberías ni saber qué son los esteroides —le contestó Chack con una sonrisa—. Y, desde luego, no deberías hablar de eso, ni siquiera en broma, delante de los niños.

—Ya no soy un niño —se quejó Nicky que miraba con ansiedad los tres libros que su vecina mantenía en la mano.

—Sí lo eres, y ¿sabes una cosa? —dejó pasar un momento antes de continuar—: mola mucho. Los libros son para ti, pero si ya los tienes podemos cambiarlos, hay un montón en la librería de la señorita Nelson. Deja el balón en la bolsa, monstruito, ese es para mí, aunque podemos usarlo todos juntos algún día.

—¿Y para mí qué has comprado? —preguntó Rubi.

—Otro libro, es de dibujos, para que se lo puedas leer a tu hermano pequeño igual que Nicky te lo lee a ti.

—¡Qué bien! Así seré la hermana mayor.

—¿Y esto qué es? —preguntó la chica sacando el trozo de tubería nueva que también había comprado.

—Eso es para Beatrix —contestó Chack.

La adolescente levantó las cejas y sonrió con picardía.

—Debe ser agotador ser mala a tiempo completo —se rio el gigante.

—Ni te lo imaginas. Chicos, hora de cenar.

Los tres siguieron a la precoz adolescente hacia la cocina, Nicky se quedó rezagado y se giró hacia él.

—Gracias —le dijo.

—De nada. Siempre cumplo mis promesas, aunque a veces tenga que dar un rodeo.

El niño asintió, parecía que cargaba el mundo en sus pequeños hombros, Chack sintió algo en el pecho, una especie de ternura que le derretía por dentro.

Beatrix sacó las llaves y abrió la puerta de su casa. ¿Cómo era posible que persistiera el olor del gigante en el ambiente? Se estaba obsesionando con él, tenía que dejarlo ya. Cerró la puerta empujándola con el pie. Colocaría la compra, se metería en la bañera y se relajaría durante aproximadamente media hora, luego disfrutaría de otra media hora de soledad, tenía que hacer la declaración de renta y solicitar una ayuda para que sus hijos comiesen en el colegio. Se rio con amargura al pensar de qué forma tan divertida iba a pasar su hora de relajación sin niños. La señora Lebowsky y Spock llevaban tiempo intentado convencerla para que saliera por ahí y tuviera citas, les agradecía la preocupación, pero si había algo que no le apetecía en ese momento era complicarse con esas cosas. Sexo sí, relaciones no. Eso era lo que le había atraído de Chuck, hasta que lo había visto interactuar con sus hijos. No era lo que ella quería, ¿una relación con alguien que sería como su ex? Ni loca.

El problema de no tener citas era que echaba de menos el sexo, pero a ella le gustaba la cosa movidita, no era muy de dulces besos a la luz de luna. Eso siempre la había metido en problemas. Su exmarido le decía que no era normal, a las mujeres les gustaban las cenas con velas, las flores y esas cosas. Ella prefería un polvo sin programar encima de la mesa de la cocina.

Ese maldito olor a... testosterona y grasa de motor le estaba inundando los sentidos. Recordaba a Robert con una mezcla de rabia y angustia. Era guapo, mucho, de aspecto rudo y curtido, rubio y de ojos azules, trabajaba en las plataformas petrolíferas así es que pasaba poco tiempo en casa. Al principio su relación había sido muy apasionada, pero luego él comenzó a necesitar algo más. Y lo necesitaba muy a menudo. Cada vez que llegaba de una de sus estancias en las plataformas le hacía un hijo y buscaba consuelo en los brazos de cualquier otra. Y ella consintió una y otra vez, hasta que él la dejó, lo peor fue enterarse porque se lo encontró en el centro besándose con otra. El muy capullo llevaba en Houston dos semanas.

Bea sacudió la cabeza en un intento de ahuyentar los fantasmas, notó el peso de las bolsas en las manos y fue hacia la cocina. A través de la puerta vio luz,

los niños se la habían dejado encendida, ¡con lo que le costaba pagar los recibos!, pues este gasto se lo iba a descontar a Spock del sueldo. Dejó uno de los paquetes en el suelo y abrió.

—¡Ah! —Un grito escapó empujado desde lo más profundo de sus pulmones al ver a alguien echado en el suelo de su cocina. En un acto reflejo le tiró la bolsa que llevaba en la mano.

El sonido de Metálica que salía por los auriculares que Chack llevaba puestos mientras arreglaba la tubería del fregadero de su vecina, se vio interrumpido por un alarido muy poco humano, y nada femenino. Se incorporó rápidamente al sentir un golpe seco en su muslo, no tuvo en cuenta que estaba metido en un hueco en el que apenas cabía.

—¡Joder! —gritó cuando consiguió salir del pequeño armario—. ¿Estás loca? —chilló él.

—¿Se puede saber qué coño haces ahí escondido?

—¿Escondido? Estaba intentando arreglar tu maldito fregadero.

—Te dije que se lo encargaría mañana a Paco. —Ella cruzó los brazos a la altura del pecho colocándose en una pose que debería intimidarlo, pero la realidad es que solo conseguía que se le hiciera la boca agua.

—¿No puedes limitarte a darme las gracias?

—Yo no te he pedido que lo hagas.

—De nada.

Chack seguía sentado en el suelo, en ese momento las caderas de la mujer le quedaban a la altura de los ojos, sería tan fácil alargar las manos y... y probablemente ella se las cortara.

—¿Cómo te has colado en mi casa?

—No me he colado, me ha abierto Spock.

—Tendré que buscarme otra niñera.

—No seas dramática —le contestó mientras se quitaba un trozo de huevo que se le había roto contra la pierna. Se sacó la cartera del bolsillo y extrajo de ella un recibo que le tendió.

—¿Qué es eso?

—Me debes veinticinco con cuarenta. Espera, este es el de la librería.

—¿Librería?

—Sí, le compré unos libros a Nicky.

—¿Que hiciste qué? —le preguntó acercándose tanto a él, que Chack tuvo que levantar la cabeza para mirarla a la cara. Y era una cara muy enfadada.

—Le he comprado un libro, no lo he robado.

—¿Por qué narices has hecho algo así?

—Vamos a ver, loca, te he arreglado la tubería y le he comprado unos cuentos a tus hijos. ¿Se puede saber qué tiene eso de malo?

—Que te dije que no lo hicieras ¡idiota!

Chack se levantó y usó su tamaño para intimidarla.

—No hace falta insultar, pensé que te referías a juguetes, les he comprado libros, cultura.

—¡Ah! —Bea se dio la vuelta llevándose las manos a la cabeza, respiró hondo y volvió hacia donde estaba él, tanto que casi le tocaba—. Te lo voy a explicar despacito para que me siga tu única neurona.

—Vaya, ya estamos atacando con comentarios fáciles y vacíos.

—Hace mucho que mi hijo no ve a su padre, anhela la figura masculina por encima de todo. Si tú le das tu presencia y tus regalos para luego alejarte le vas a dejar hundido y no voy a consentirlo —acabó su discurso dándole un pequeño empujón apoyando su mano contra el pecho del hombre.

Chack no se movió ni un milímetro. Entendía su preocupación, pero él no iba a hacerle daño al niño, solo iba a comportarse como un buen vecino. Igual que hacía con Spock o la señora Lebowsky. Él pensaba que no era su hijo lo único que Bea quería proteger.

—¿Estás hablando de tu hijo o de ti? —la provocó.

—Eres... eres... Lárgate de mi casa.

Se dio media vuelta y fue hacia el baño, sin molestarse en recoger todo lo que había quedado desperdigado por el suelo.

Chack la miró salir contoneándose como nunca, estaba muy enfadada. Estaba claro que las cosas no habían salido como él pensaba. No había habido agradecimientos, ni tiernas lágrimas vertidas con coqueteo, ni cariñosos abrazos que los llevaran a lujuriosos besos. Pero cada vez que recordaba el momento que habían vivido por la mañana contra la pared se ponía cachondo.

Recogió las cosas por encima y se metió de nuevo en el armario para terminar con el arreglo, él nunca dejaba un trabajo a medias.

A Bea le hervía la sangre, era un tipo insufrible, sin duda, un egocéntrico y presuntuoso guaperas que se la jugaría a la primera oportunidad. ¡Pero si ni siquiera era capaz de recordar el nombre de las mujeres con las que se acostaba! Dejó que se llenase la bañera, contemplando la caída del agua para relajarse, pero decidió salir antes de quitarse la ropa, para asegurarse de que se marchaba. Al llegar a la cocina lo vio de nuevo metido dentro del armario, y su sangre entró en efervescencia, no la escuchaba, hacía su santa voluntad y punto. Pues esa era su casa, su vida, sus hijos y sus normas. ¡Se acabó!

No lo pensó, simplemente se acercó al fregadero y abrió el grifo.

—¡Pero qué demonios...! —gritó él desde la profundidad del agujero.

—¡He dicho que te largues de mi casa!

Chack no tenía ni idea de por qué le gustaba tanto esa mujer, quizá por la fiera manera en que defendía su territorio, la fuerza de su carácter, la independencia que peleaba en cada paso, ese espectacular cuerpo ayudaba, claro. El agua y la porquería de la tubería continuaba cayéndole dentro. Cerró la llave de paso que tenía al lado y continuó con el trabajo. Era mecánico podía convivir con un poco de sucia humedad.

Bea se desnudó y se metió en la bañera, el agua caliente le relajó los músculos inmediatamente. Entró por completo; despacio, disfrutando de cada caricia del agua. Pensó en Chack, en sus fuertes manos, en ese cabello casi blanco de tan rubio que solía llevar recogido en un moño alto. Se preguntó cómo sería acariciar la barba larga, qué sensaciones le produciría que arañase su piel con ella. Su mano desapareció dentro del agua en busca de una

solución rápida a la intensa y solitaria desazón que la estaba inundando. Oyó el golpe de la puerta al cerrarse. Chack se había dado al fin por enterado, es cierto que había tardado más de lo esperado. Quizá, después de todo, le había arreglado el desagüe. Ella sola se encargaría de arreglar su otro problemilla.

Buen sexo, ¿mala idea?

La puerta del baño se abrió y Beatrix se asustó tanto que se hundió en la bañera, volvió a emerger justo a tiempo para ver cómo Chuck se quitaba la camiseta y comenzaba a desabrocharse los pantalones.

—¿Se puede saber qué cojones crees que estás haciendo? —le gritó ella intentando tapar lo máximo posible con la espuma.

—¿Te divertías sola, princesa?

—Vete al cuerno.

—Sí, pero iré limpio, tú me has manchado, lo justo es que tú me laves.

—No puedes estar hablando en serio, ni siquiera sé la cantidad de leyes que estás infringiendo en este momento.

—Tranquila, cariño, puedes salir de ahí y marcharte cuando quieras, no te detendré, incluso me taparé los ojos si así lo quieres.

—Te habías marchado, he oído la puerta.

—He cambiado de opinión, no voy a ir a mi casa oliendo a cerdo y ponerlo todo perdido porque a ti se te vaya la cabeza de vez en cuando.

Se sentó en el váter para quitarse las botas y los calcetines, mientras Bea lo miraba con la boca abierta, no era capaz de decir una palabra más, en parte por lo surrealista de la situación y en parte porque, aunque su marido era guapo y tenía buen físico, ella podía jurar que nunca en su vida había visto nada parecido. El cuerpo de su vecino estaba perfectamente diseñado, tenía abultados músculos, un estómago perfecto, tatuajes aquí y allá que le daban un

aire peligroso y, para rematar, se soltó el pelo. ¡Oh! Eso era superior a ella, no podía evitarlo, todo su ser le pidió a gritos que se quedara en la bañera. Su astuta mente había perdido toda capacidad de raciocinio. ¿Por qué se quedaba callada en ese momento que tanto la necesitaba? Tenía que levantarse y salir, pero su cuerpo no la obedecía, estaba demasiado ocupado procurando no tener un orgasmo sin que ni siquiera la hubiera tocado, sería vergonzoso, sin duda.

—Voy a quitarme los pantalones y no llevo calzoncillos, así es que tienes como un minuto para decidirte a salir de aquí.

Beatrix fijó la mirada en el estómago del hombre, siguió el dibujo que dejaba el vello igual de rubio que su cabello, hasta llegar al pubis que se entreveía por la abertura de los pantalones. Se le secó la boca, estaba muy abultado y ella tenía ganas de probarlo, lo miró a los ojos y se dio cuenta de que él a duras penas se estaba aguantando. Aun así, tuvo el temple de bajarse los pantalones muy despacio. Antes de dejarlos en el suelo, sacó un paquete del bolsillo trasero y lo dejó en la esquina de la bañera.

Bea estaba más nerviosa si cabía que antes, estaba claro que él había ido allí a arreglar algo que no era el fregadero, todo había sido premeditado. Pero no podía olvidar que la noche antes no había podido dormir por culpa de los grititos de la rubia. Y eso era malo porque demostraba que para él no era más que otro ligue. Un momento, eso era lo que ella quería, ¿no? Entonces ¿por qué le hacía sentir...? Celos, estaba celosa.

Chack metió un pie en la bañera, entrando despacio, dejándole tiempo para salir de allí si quería, pero por Dios esperaba que no lo hiciera porque él podría morir si eso pasaba. En cuanto sus pieles se rozaron, ella salió como alma que lleva el diablo, él cumplió su palabra y se metió del todo acomodando su enorme cuerpo, comenzó a frotarse el pecho como si ella no estuviera allí, como si no lo mirara con las pupilas dilatadas por el deseo, como si su desnudez no lo estuviera volviendo loco.

Por fin la vio moverse, cogió una toalla en la que se enrolló y se dispuso a salir del baño, él cerró los ojos, pero alargó la manó y la apresó por la

muñeca.

—Quédate —expresó su deseo a medias entre una orden y un ruego.

Ella no pudo contenerse más, se fue hacia él y se metió en el agua poniéndose encima de su regazo, metió las manos tal y como llevaba semanas soñado que haría, entre el cabello del hombre y lo agarró con fuerza guiando su boca hasta la propia. Lo besó, mordió sus labios, le introdujo la lengua en un ataque sin piedad.

A Chuck le molestaba la toalla que los separaba, quería sentir su piel por completo, embeberse de ella, lamerla, quería probar esos pechos tan reales y contundentes. La dejó hacer mientras él se entretenía en dejarla completamente desnuda, tiró al suelo la prenda empapada, Bea no dejó de besarlo en ningún momento. Bien, era una mujer de besos, por él no había problema, podría pasarse la vida besándola. La vida, algo oscuro cruzó por su mente, un pensamiento que lo inquietó, lo alejó rápidamente para agarrar a su presa por las caderas y moverla obligándola a sentir toda su excitación, ella gimió en respuesta y se alejó echando la cabeza hacia atrás.

La vio morderse el labio inferior y se puso tan duro que pensó que se correría en ese momento. Se acercó un pecho a la boca y se llenó por completo con su sabor, su textura, la dureza que encerraba toda su pasión. Lo mordió para luego calmarlo lamiéndolo despacio mientras jugaba con el otro pezón apretándolo entre sus dedos, tiró de él despacio y la soltó para poder mirarla a la cara.

Estaba preciosa, sonrojada, los ojos cerrados, la boca entreabierta respirando con dificultad. Lo cabalgaba sin cesar, rozándose con su erección.

La bañera resultaba muy incómoda a pesar de que tenía buen tamaño, pero Chuck se temía que no iba tener fuerzas para dejarla escapar en ese momento.

Beatrix sentía el fuego abrasándola por completo, lo necesitaba dentro y tenía que ser en ese momento, no podía esperar. La excitación le estaba provocando dolor, y quería calmarlo. Cogió el paquetito dorado y lo abrió, se movió para poder colocárselo.

—¿Necesitas ayuda con eso? —le preguntó él.

—Dame un segundo, nunca he puesto uno bajo el agua.

Las manos de la mujer desaparecieron bajo los restos de espuma y Chack pensó que le daría un infarto. Sintió los descarados dedos acercándose a su objetivo y tuvo que apretar la mandíbula para resistirse. La agarró por las muñecas para frenarla.

—Y yo que pretendía probarte...

—Ya me has probado.

—Yo diría que no. —Ella desvió la mirada hacia a la unión de sus sexos, diciéndole sin palabras lo que había pretendido hacer.

El corazón de Chack se saltó varios latidos.

—Me temo que, si haces eso, un segundo es lo que podré darte, yo moriré de placer, y tú, ahogada.

—Hombre de poca fe.

Chack se rio y le apartó el pelo de la cara, le quitó el preservativo y se lo colocó hábilmente.

—¿Será seguro? —preguntó ella

—Eso espero. —Se introdujo en ella de un empujón.

Chack sintió que ese era su lugar. Era ahí donde quería estar, acababa de entrar y ya deseaba volver a empezar o quizá, no terminar nunca. ¿Era eso lo que había estado buscando todo ese tiempo? ¿Era ella? El deseo lo poseyó e incrementó el ritmo y la fuerza de las acometidas a la vez que ella lo montaba, se aguantó las ganas de dejarse llevar, de sacarla de esa bañera y hacer todas esas cosas que deseaba hacerle: la tomaría por detrás, le agarraría el rebelde pelo negro, se la comería entera hasta oírla suplicar. Su mente quedó en blanco, todo su cuerpo se llenó de sensaciones. Los sentidos tomaron el control dejando anulada cualquier capacidad de raciocinio. Olor a ella, sabor a ella, su tacto, sus sonidos de placer... abrió los ojos para llenarse con esa imagen completa y la tocó para acelerar el viaje y poder terminar juntos. No sabía por qué quería hacerlo así, tal vez por ser su primera vez, tal vez porque

no soportaba la idea de que ella no lo disfrutara tanto como él. Entonces ella gritó, se tensó y él se derramó en ella.

Bea aún sentía algunos temblores cuando Chack la abrazó, le acariciaba la espalda y el cabello. Ella tenía la cabeza metida en su cuello, la barba le hacía cosquillas en la cara, era una sensación maravillosa y relajante, pero necesitaba más tiempo para recuperar el ritmo de su respiración.

Había sido una locura, pero una locura maravillosa, tal y como ella lo quería, fuerte, duro, pasional. Él la había dejado hacer, era consciente de que se había contenido, y eso le hacía tener muchas ganas de repetir, dándole vía libre para tenerla a su modo. Ella lo haría, cumpliría todas sus fantasías con ese hombre, lo ataría para que la dejara tener el control, lo besaría en todas partes, tocaría cada uno de sus músculos y se aprendería sus tatuajes. Le taparía los ojos para que concentrara toda su atención en sentir placer. Solo con pensarlo se estaba excitando de nuevo. Un hombre tan grande a su merced.

—Si no dejas de moverte, esto vuelve a empezar —avisó él.

Chack notó la risa de Bea en su propio cuello.

—Perdón —le dijo.

—Si te ríes, el efecto es el mismo, ella no entiende los motivos por los que la aprietas, solo sabe que le gusta.

—Hablas de ella como si fuera un ser vivo.

—Lo es.

—No serás de los que le pone nombre.

Entonces fue él quien se rio con fuerza.

—Será mejor que salgamos de aquí antes de que nos enfriemos.

—No parece que eso vaya a suceder fácilmente.

Él le agarró la cara entre sus manos y la besó despacio.

—No, no va a pasar.

Escucharon un ronco ladrido seguido de un aullar melancólico.

—¿Es tu perro?

—Sí, estas paredes son de papel, debe haberme oído.

—Eso me recuerda algo. —Se alejó de él y, despacio, cogiéndose al borde de la bañera mientras Chack la ayudaba sujetándola, salió.

Cogió un par de toallas, se enrolló una en la cabeza y se puso otra alrededor del cuerpo.

—¿Qué te recuerda? —le preguntó él jugueteando con la poca espuma que había sobrevivido intacta al juego sexual.

—¿No piensas salir de ahí? —Por primera vez se dio cuenta de lo incómodo que seguramente había estado el gigante. Apenas si cabía en la bañera, el suelo estaba repleto del agua que se había derramado con el ímpetu de ambos.

Chack se levantó, no sin esfuerzo, y ella lo vio en todo su esplendor, era un hombre perfecto físicamente hablando, por lo menos para ella. A muchas mujeres no les gustaban los hombres tan grandes; era grande en todas partes, pero a ella le encantaba.

—O dejas de mirarme así, o vuelves aquí dentro —le dijo mientras se rascaba el pecho.

Beatrix se dio cuenta de que era algo así como un tic, le había visto hacerlo con cierta frecuencia. Lo vio salir y coger un paño para secarse, ella decidió ayudarle, y él comenzó a darle pequeños bocados en la oreja y el cuello.

Escucharon otro lamento desde la casa de al lado.

—¡Ya voy! —le contestó al perro.

—¿Hablas con él?

—Y, además, me entiende. —Ella sonrió con incredulidad—. No me has contestado.

—Sé que esto no es nada serio... quiero decir que... date la vuelta que te pase la toalla.

Él le hizo caso, de espaldas a ella la veía reflejada en el espejo, bajó la cabeza y vio cómo su otro yo se despertaba de nuevo.

—Lo que quiero decir es que... tu dormitorio da al mío y no... bueno, no te estoy pidiendo que seas célibe de por vida, pero te agradecería que seas

discreto hasta que se nos pase un poco el efecto de lo de hoy.

Chack se quedó inmóvil, la miró con sorpresa «¿se nos pase lo de hoy?»
¿De qué iba eso?

Se dio la vuelta despacio y le quitó la toalla de las manos, se la enrolló a las caderas y recogió su ropa del suelo.

—Hay tantas cosas que analizar en esa única frase, que necesitaremos un par de horas, que es más de lo que hemos estado en la bañera. Vendré a verte cuando los niños se hayan dormido.

Sin más, se fue hacia la puerta.

—Un momento, no quiero que... ¿dónde vas? No puedes salir desnudo al pasillo, te van a ver.

Él se giró, la cogió por la nuca y la besó a conciencia.

—Avísame cuando estén dormidos.

Abrió la puerta y salió.

—Pero no... —Ella se quedó mirando la puerta cerrada con ansiedad.

Seguro que su vecino el mirón lo había visto y mañana eran la comidilla del edificio.

«Por favor, Señor, que no esté...»

Se atrevió a acercar el ojo a la mirilla; allí estaba, con la cara desencajada, los brazos cruzados y toda la pinta de que iba a poner un anuncio en la gaceta del vecindario.

Mala idea, buen golpe

Se estaba vistiendo cuando entraron Spock y los niños, por poco no los habían pillado, tendría que ser más cuidadosa de ahora en adelante si pretendía seguir con aquella aventura.

—¡Hola! —vociferó Spock.

—Estoy en el dormitorio.

Los pequeños entraron en tropel en la habitación.

—Mami, mira, tengo un cuento, se lo he leído a Justin porque ahora soy la hermana mayor —declaró Rubi.

—Tú también ¿eh? —le preguntó.

La adolescente entró en el dormitorio en ese momento.

—Parece que haya habido una guerra o... cualquier otra cosa por aquí —le dijo.

—El vecino arregló el fregadero —se excusó—. Ahora lo limpiaré.

—¿Y el baño? ¿también lo arregló? —la picó sentándose en la cama.

Bea se volvió hacia ella, no la iba a intimidar una chica de quince años, ella era una mujer adulta y podía hacer lo que quisiera sin dar explicaciones. La miró fijamente, pero la muy descarada sonrió con petulancia.

—Me he dado un baño, hoy hemos tenido un día duro. —No estaba mintiendo exactamente.

La chica tuvo la caradura de reírse.

—¿No tienes deberes que hacer o algo así? Es tarde deberías marcharte.

—Claro, jefa. —Se despidió de los chicos y Beatrix la acompañó a la puerta.

Al abrir, vio salir a Chack de su casa, se había puesto un pantalón de deporte y una sudadera y llevaba a su enorme perro con una correa cogida a un arnés que portaba en la cintura.

Avanzaba a duras penas debido a que el perro estaba sentado y su vecino se veía obligado a tirar de él.

—Vecina, monstruito —las saludó.

—Vecino —le contestó ella.

—Venga, Big Rock, muévete —le indicó al perro—. Sabe que vamos a correr y no le gusta mucho.

—De verdad que yo me parto con vosotros. —Sin más, la niña subió corriendo por las escaleras hasta su casa.

Él miró para todos lados, y al no ver a nadie se acercó a ella y le robó un rápido beso en los labios. Chack siguió tirando del perro hasta que llegaron a la escalera, entonces el can comenzó a trotar y saltar como si no hubiera un mañana.

Beatrix sentía cosquillas en la boca, quería más, mucho más. Se llevó los dedos hasta allí intentando retener el momento. Había sido tan dulce que, si no fuera porque conocía a Chack y los que eran como él, hasta podría enamorarse. Desterró esa locura de su mente y entró para disfrutar de sus hijos.

Dos horas después, los niños estaban en la cama, tras el baño y la cena. Bea había tenido que recoger el desastre de la cocina y el baño antes de empezar, pero lo hizo con una gran sonrisa.

Eran las doce de la noche, Beatrix debería haberlo llamado hacía mucho. Volvió a pegar la oreja a la pared para intentar escuchar algo. Silencio. Se

obligó a retirarse, parecía un loco, un acosador cualquiera, ¿la estaba espiando? No, solo quería saber por qué había faltado a su promesa. Solo que ella no había hecho ninguna promesa, él había dado por hecho que... ¿Qué?, ¿qué era lo que había dado por hecho?, se preguntó.

Entre ellos no había nada, habían tenido un poco de sexo y ya, nada especial, era él el que se estaba haciendo ilusiones, el que se había involucrado otra vez más de la cuenta. Ella había satisfecho sus necesidades de mujer pasional y había pasado de él. Siempre le sucedía lo mismo, las mujeres lo utilizaban, pero no lo tenían en cuenta para nada más. Se acabó, había terminado con todo eso, volvería a sus chicas de una noche, por lo menos así sabría qué esperar al día siguiente.

Beatrix escuchó un pitido lejano, le costaba salir del embarrado sueño en el que estaba sumergida, una mezcla de anhelos, hechos y oportunidades se habían mezclado en un sueño rocambolesco e increíble en el que ella, vestida de Alicia en El país de las maravillas, se paseaba descalza. Su exmarido tomaba cervezas con Chuck y el rostro de ambos se tornaba intercambiable, Justin subido en Big Rock conquistaba la luna, Nicky era un afamado escritor de treinta años y su pequeña Rubi era la primera niña presidenta de Estados Unidos. Sacudió la cabeza y se orientó, estaba en su casa, en la cama de su hijo mayor, se había quedado dormida con él mientras leían las aventuras de Greg.

El ruido cesó, pero Bea miró el reloj con forma de coche que adornaba la mesilla de su hijo y vio que era hora de levantarse.

Fue hacia la cocina y lo primero que hizo fue conectar la cafetera que tenía costumbre de dejar preparada el día anterior. Bostezó mientras se concentraba en el gota a gota. Escuchó un ruido en el piso de al lado.

La puerta, Chuck estaba saliendo, se dio cuenta en ese momento de que se

había olvidado por completo de la conversación que tenían pendiente, la verdad es que se había sentido exhausta y el sueño la había atrapado sin que ella hubiese podido hacer nada para evitarlo.

Salió corriendo hacia el pasillo para evitar que tocara al timbre y despertara a los niños. Abrió la puerta y se sorprendió. No solo no había tocado al timbre, sino que pasaba de largo ante su puerta.

—Chack —lo llamó ella.

—Tengo prisa, ¿querías algo? —le contestó.

—Yo... anoche... lo siento, yo...

—No hace falta que te disculpes, princesa, los dos queríamos lo mismo, y lo obtuvimos. No estuvo mal, pero tampoco hay que ponerse dramático.

Beatrix se quedó perpleja, no podía ser que estuviera enfadado, desde luego no lo parecía, le hablaba con total calma... más bien parecía hastiado y quizá ¿triste? No, probablemente era su imaginación. Era tan sencillo como él lo había descrito: habían tenido sexo, una noche, se acabó.

—Por cierto —continuó Chack—, avísame cuando se te haya pasado lo suficiente como para que mis citas no tengan que contenerse.

—Tampoco es para tanto, apenas duró unos minutos, cretino —lo acusó ella.

El gigante levantó la mano a modo de despedida mientras con la otra se ponía los cascos. En esa ocasión, el perro le seguía contento sin que tuviera que arrastrarlo. Se fijó en que llevaba un macuto a cuestas.

El domingo era su día libre, decidió preparar un picnic e invitar a la señora Lebowsky y a Spock. Irían en coche hasta el lago Houston, en los jardines en los que lo rodeaban los niños podrían correr a su antojo y ella podría descansar tomando el sol. Preparó pollo frito rebozado con crujientes cereales y la famosa tortilla de patatas con calabaza que su querida abuela española le

había enseñado a hacer cuando aún era una adolescente.

Subir al coche con todos sus hijos para pasar el día era una auténtica pesadilla, Justin lloraba, Rubi remoloneaba y Nicky se enfadaba por todo. Spock cargaba con la mochila del colegio ya que tenía tareas por hacer, y la señora Lebowsky se movía al paso que le dejaba su artritis.

Bea se fijó en la manera en que la adolescente ayudaba a la anciana a subir al auto y sintió ternura, con toda esa imagen de joven rebelde que le gustaba mostrar y esa lengua viperina que en ocasiones ella misma hubiera querido cortar, era una joven extraordinaria que se sentía sola. Porque lo estaba, vivía con su madre que se pasaba la vida viajando por trabajo, de vez en cuando llegaba a casa, llenaba la nevera, le dejaba varios billetes a Spock y volvía a marcharse. Eran muchas las noches que había dormido en su sofá y más las que lo había hecho en el cuarto de invitados de la señora Lebowsky.

—Mami, yo no puedo irme —la informó Rubi.

—Y ¿por qué? si puede saberse —le preguntó ella.

—Porque no le he dejado mi nota a *Chas*.

—Se llama Chack.

—Mami ¿podemos subir?

—¿De qué nota hablas? —la interrogó.

—Le cuento mis cosas, es que, si no, se aburre un montón.

—Cariño, Chack no está en casa.

—Y tú lo sabes por... —malmetió la adolescente.

—Porque lo he visto marcharse esta mañana, listilla. Venga, todos al coche ¡ya! —ordenó.

—Mamá... —continuó quejándose Rubi.

—Vamos, pequeñaja, luego se la llevamos.

Por fin consiguieron acomodarse todos en la furgoneta.

—Los de la tercera fila ¿lleváis los cinturones?

—Sí —contestaron al unísono Nicky y Rubi.

—Segunda fila —insistió Bea.

—Hecho y asegurados —respondió Spock por ella y por Justin, el pequeño se limitó a dar un golpe en la cara que le había acercado peligrosamente la joven.

—¿Señora Lebowski?

—Hecho, querida.

—Chicos, tenemos algo más de veinte kilómetros por delante, no es mucho, así es que paciencia y a portarse bien o al llegar estaréis castigados sin jugar al balón.

—Nick prefiere los libros —replicó Rubi.

—Y sin libros.

—Eres una chivata —la acusó su hermano.

—No soy chivata, además se lo dije a *Chas* y te regaló uno, soy buena.

—¡Eres tonta! ¿por qué le has dicho eso? A mí me gusta el fútbol más que los estúpidos libros.

—Nicky, no tiene nada de malo que te guste más leer que jugar...

—No es verdad ¡a los papás les gusta que sus hijos jueguen al fútbol! Yo no jugaba con mi papá y se fue, Chack también se irá si no...

—Cielo, Chack es solo nuestro vecino, no tiene nada que ver con tu padre. Papá te quiere, solo que no sabe cómo expresarlo. Tienes que tener paciencia, cariño, puede que tarde un año, o varios en darse cuenta, puedes esperarlo o dejarlo correr, tú decides.

—No puedes estar siempre enfadado por eso, Nicky, los padres son así. Al menos tú tienes a tu madre siempre —intervino Spock.

A Bea se le llenaron los ojos de lágrimas, por su hijo y por la joven que escondía, tras una capa de dureza, una soledad infinita.

El niño giró la cara hacia la ventanilla y se sumió en sus pensamientos.

Tal y como ella imaginaba, su hijo había tardado veinticuatro horas en sustituir a su padre por una figura fuerte y sólida como la de Chack, una figura que siempre estaba ahí, en la puerta de al lado. Estaba claro que lo mejor era lo que había pasado, no podía arriesgarse a nada más, no mientras sus hijos

fueran tan pequeños.

Nadie quería ir en el equipo contrario a Nat, la pelirroja española hacía trampas; muchas. En ese momento la pelirroja española y Candy se peleaban como siempre, una frente a la otra, ambas con los brazos en jarras y gritándose a la cara.

George era ranger, se casó con Nat, su novia de la infancia, en una boda en la que Byron raptó a Candy, la libró de la mayor vergüenza posible y la metió en el mejor lío de su vida. Su historia había sido difícil, él la había vivido de primera mano cuando su amigo Leo entró en su taller con ella, pidiéndole trabajo. Ella y su hijo habían sacado lo mejor de él, le habían hecho querer cosas que no sabía que existían, y lo habían dejado para volver con su amor, el padre del niño.

Seguían siendo amigos, reuniéndose de vez en cuando. Esa mañana había llamado a Leo para tomarse un café con él y charlar un rato, y a su amigo se le había ocurrido llamar a Candy, ambos la echaban de menos. Con Candy, Byron y el pequeño Angel, aparecieron George y Nat con Nina, su hija, que ya tenía diez años.

Los cuatro hombres permanecían sentados en la hierba con Nina y el pequeño Angel, que ya gateaba sin parar, mientras ellas seguían con su particular reparto de jugadores.

Leo llamó la atención de Chuck con un ligero empujón, el gigante lo miró enfadado.

—¿Esa no es tu vecina? —le dijo.

—¿Mi vecina?

Su corazón se había parado. Era absurdo sentirse así, la había visto hacía unas horas, no tenía por qué emocionarse, se sintió como un rematado imbécil.

—Sí, hombre, la buenorra.

—¿Tienes una vecina buenorra? —lo interrogó George.

—Eso siempre es de agradecer —confirmó Byron.

De repente se hizo el silencio. No solo porque Bea se había dado cuenta en ese instante de la presencia en el parque de Chack, sino porque la rubia y la pelirroja habían decidido dejar de discutir, justo para escuchar a sus maridos alagar a la morena, y ambas los miraban con desprecio mal disimulado.

—Diría que nos hemos metido en un lío —comentó George.

—Eso parece —convino Byron.

—La verdad es que está bastante buena. Rubia, se acabó tu reinado: la novia del gigante está mejor que tú. ¿Es latina? —comentó Nat acercándose a ellos.

—¡No es mi novia! —protestó Chack, la pelirroja levantó una ceja—. Es mexicana.

—¡Por fin tendré una amiga que habla español! —Se dirigió hacia donde Bea estaba colocando la manta intentando tomarse un tiempo antes de volver a encararse con Chack.

—Pero ¿qué...? —El gigante rubio miró a Leo con impotencia y este miró a George.

—¿Y a mí por qué me miráis? Yo no tengo nada que ver con lo que hace o deja de hacer mi mujer, ella es así y, además, si dice que es tu novia, lo será.

—Es mi vecina, nada más —insistió Chack.

—Claro, claro —le contestó George bajándose el sombrero hasta taparse los ojos, mientras se metía uno de sus regalices en la boca.

Mala elección, buena casualidad

Rubi también había visto a su héroe y se soltó de la mano de su madre para correr a los brazos de su querido *Chas*.

Chack se levantó para recibir a la pequeña, la cogió en brazos y le dio un par de vueltas antes de ir al encuentro de su madre.

—Venga, machote, que tú puedes —se rio Leo.

Él ni lo miró, sabía que tenía que acercarse y hablar con ella civilizadamente, pero la verdad es que lo que le apetecía era pedirle explicaciones. Había quedado con sus amigos para evitarla y ahí la tenía, justo delante de sus narices. A veces el destino era cruel; otras, inoportuno. En esa ocasión, las dos cosas. Respiró profundamente y se plantó delante de ella con la niña en brazos jugando con su barba.

Bea lo miró de arriba abajo, estaba tan atractivo con esa imagen paternal... Y eso era lo que tenía que evitar. Su hija podía verlo como el vecino entrañable que jugaba con ella y le hacía regalos, pero no podía verlo como el novio de mamá, no debía dejar que lo imaginaran como a un padre, ella no quería verlo así, pero ¿acaso podía evitarlo?

Chack se plantó delante de ella, la miró a los ojos y sacó una flor de Texas de su bolsillo, estiró el brazo en dirección contraria.

—Señora Lebowsky, esto es para usted —comentó mientras seguía observando a Bea.

—Oh, ¡qué bonita! Me encantan las *bluebonnet*. Huelen a Texas —le

agradeció la mujer poniéndosela en el ojal de su blusa.

—¿No tienes nada que decirme? —se atrevió a preguntarle.

—No. Dame a la niña, no queremos molestarte.

—No es la niña la que me está molestando.

—¿Qué quieres decir con eso?

—¿Os estáis peleando? —inquirió Rubi.

—Claro que no —contestó su madre—. Es solo... que no estamos de acuerdo.

—Cuando Rubi y yo no estamos de acuerdo así, nos castigas —intervino Nicky que salía de una pequeña tienda de campaña.

Ninguno supo qué contestar, afortunadamente fueron interrumpidos por un relámpago pelirrojo de diez años que se dirigió directamente a Nicky.

—Jolines, qué chulo ¿puedo entrar? —Antes de que el niño pudiera responder ya se había colado, sacó la cabeza y se dirigió a él—. Vamos, ven.

—Eh... —El chico miró a su madre pidiendo permiso. Ella hizo un gesto de asentimiento y Nicky se perdió dentro con su nueva amiga.

Spock cogió a Rubi de los brazos de Chuck y la dejó en el suelo, agarró al pequeño Justin y comenzó a caminar.

—Nosotros nos vamos a los columpios, será mejor que habléis de vuestras cosas, no me gustaría tener que castigaros a los dos. —Se marchó riéndose a carcajadas.

—Cada vez es más impertinente —se quejó Bea.

—Tiene razón —la cortó la señora Lebowsky—. Id a hablar de lo que sea que haya pendiente, no quiero más malas caras ni indirectas, ¿estamos?

Bea miró a Chuck y se vio reflejada en él. Los brazos cruzados, la mandíbula fuertemente apretada, la mirada iracunda. Lo agarró del brazo a pesar de que no llegaba a cubrirle ni la mitad, y tiró de él como pudo para llevarlo hasta la orilla del lago. El gigante rubio se dejó arrastrar. En cuanto Big Rock vio que se alejaba, dejó su cómoda cama improvisada en unos matorrales y fue a reunirse con él.

Chack echó un vistazo hacia sus amigos, estaban trasladando sus cosas cerca de donde se habían instalado sus vecinas. La pelirroja tenía la mitad de su menudo cuerpo metido en la tienda con los chicos y Candy y Leo estaban hablando con la señora Lebowsky y enseñándole a su hijo. Byron y George se habían ido a los columpios con Spock y los pequeños.

—Parece que vamos a pasar el día juntos, después de todo —le informó ella.

—Eso parece, sí.

—La rubia me suena.

—Es posible que la hayas visto por mi casa alguna vez. Cuando estuve enfermó pasó a verme varias veces.

—¿Está casada? —le preguntó con pudor mal disimulado.

—El indio de los columpios.

—¡Ah!

—Si lo que quieres saber es si ha habido algo entre nosotros, la respuesta es no. Yo estuve medio enamorado de ella y su hijo, pero ella estaba loca por Byron. Han sufrido mucho para llegar donde están ahora.

—Un amor de los grandes ¿eh?

—Sí, lo es.

El silencio crispaba el ambiente, Chack quería decir algo pero no sabía qué, estaba enfadado, lo había dejado colgado, pero tampoco es que le debiera nada. En los momentos de pasión se dicen muchas tonterías.

—Mira, yo... sé que no tengo derecho a pedirte nada, pero anoche me dejaste tirado. Estuve esperándote hasta la una de la madrugada y ni siquiera te dignaste a avisarme, merezco un mínimo de consideración.

—¿Eso es todo? —Ella lo miró extrañada y soltó una carcajada.

La cara de Chack se iba tornando hacia el morado, su enfado empezaba a salir por los poros de la piel, a duras penas se estaba aguantando el tirarla al agua, apetecible pero helada.

—¿Te hace gracia? Quizá te he juzgado mal, no te creía tan superficial. Vale

que por habernos acostado una vez no quiera decir que tengamos algo serio, pero quizá hubiera merecido la pena investigarlo, pero claro, a la señorita le da risa solo pensar que...

—¡Me quedé dormida! —le gritó cogiéndole la cara entre ambas manos para que le prestara toda su atención.

—¿Qué?

—Que me quedé dormida, no fui ni te llamé porque me acosté en la cama de Nicky para leer con él las aventuras de Greg y me quedé dormida.

—¡Joder! Yo... pensé, es que... lo siento... no sé qué decir, pero como no te alejes voy a besarte delante de todo el mundo.

Bea lo soltó y dio unos pasos hacia atrás.

—Vaya, no era esa la respuesta que esperaba —se sorprendió él.

—No podemos hacerlo, mis hijos... no quiero que te vean como a un padre.

—¿Me estás insultando?

—Por supuesto que no, serías un gran padre, estoy segura. Ese es el problema.

—A ver si me aclaro, porque debe ser que tengo toda la sangre en la po... —se detuvo a tiempo— fuera del cerebro.

—Gracias.

—Sí, bueno, lo intento ¿ves? Si no se pueden decir tacos, pues no se dicen. En resumen; no quieres que tus hijos me puedan considerar algo así como un padre si salimos juntos porque piensas que lo haría bien.

—Exacto ¿lo entiendes?

Chack asintió con la cabeza.

—No, lo siento, pero no —le contestó cambiando la dirección de su testa.

—No es tan difícil: si lo nuestro no funciona y ellos ya han sustituido a su padre por ti, volverán a ser abandonados. Les está costando superarlo una vez como para...

—Sí, se les ve muy traumatizados —señaló él mirando hacia donde estaban sus hijos, jugando con todo el grupo.

La señora Lebowsky había cogido un bate para golpear una pelota con la ayuda de Byron mientras Nat colgaba como un mono de la espalda de George para dificultarle el movimiento. Leo se mantenía algo alejado con Angel en la mochila dedicándose a animar, Rubi y Spock esperaban en una base y Justin y Nina, en equipos rivales, se miraban retadores.

—Estás haciendo perfectamente ambos papeles —le aseguró él.

—Lo echan de menos, tienen buenos momentos, pero sobre todo Nicky...

—Te entiendo, en parte, pero ¿qué vas a hacer? ¿vas a dejar de vivir?

—No, pero no me voy a liar con mi vecino, al que ellos adoran y que además es un gran tipo, alguien mejor que su padre, y que los puede dejar en cualquier momento.

—No paras de hablar de dejarlo y ni siquiera nos das la oportunidad de empezar. Anoche, pensé... —Se pasó la mano por el cabello con frustración.

—Ese es un buen ejemplo, si hoy no nos hubiésemos encontrado por casualidad, es probable que no hubiésemos llegado a hablar de lo que pasó... no me has dado un voto de confianza, ni si quiera me has preguntado, te has enfadado y ya está —lo acusó.

—No tengo un buen pronto, pero ¡es que casi no nos conocemos!

—Precisamente por eso, Chuck, no podemos empezar nada delante de mis hijos, cuando ni siquiera nosotros nos conocemos lo suficiente para tener una mínima confianza el uno en el otro.

—Pues conozcámonos —le replicó cogiéndola de la mano y acercándose a ella.

Bea la miró con tristeza y se soltó despacio, volvió a dar un paso atrás.

—¿Cómo? —dudó ella.

—Lo mantendremos en secreto un tiempo, hasta que estemos seguros de que vamos en la misma dirección. —Era una locura, pero él tenía claro qué dirección era esa.

—Pero es que yo no quiero mantener un puto secreto contigo.

—Has dicho una palabrota, me voy a cobrar una prenda —la amenazó

sonriendo.

—No es una prenda, es una moneda.

—Está bien, acepto tus condiciones, pero tienes que saber que las reglas del juego pueden cambiar en cualquier momento. —Dio un paso atrás para dejarla pasar y encaminarse hacia donde estaba la reunión.

A Bea eso le sonó a promesa, no parecía que estuviese hablando de que hubiese soltado un taco.

Chack lo pensó un momento, tenía claro lo que quería e iría a por ello. Cuando se quedó prendado de Candy no peleó, se dio cuenta en ese momento de que no era algo que necesitara, no estaba tan involucrado como para luchar por ello. Pero en ese momento sí, deseaba todo lo que tenía ante sus ojos, sabía que ella también, solo tenía que convencerla de que lo que ambos anhelaban era también lo mejor para sus hijos.

Antes de dejarle dar más de dos pasos, la enganchó con un dedo de la presilla de los pantalones cortos vaqueros que llevaba y, acercándose desde atrás, le murmuró al oído:

—Por cierto, el de ayer fue uno de los mejores polvos de mi vida.

La soltó y la adelantó hasta llegar donde estaban sus amigos, miró hacia atrás y la vio aún donde la había dejado con las manos en las caderas, los labios apretados y los ojos echando chispas.

—¿Y si jugamos al fútbol del vuestro? —propuso Nat.

—Cariño, en esta vida solo existe una clase de fútbol: el nuestro.

—Querido, el fútbol se inventó en los colegios ingleses en el siglo XVII, y resulta que...

—¡Dios mío! ¡Otra vez no! —exclamó Byron.

—En cualquier caso, yo paso de jugar a deportes de contacto con Nat, que siempre termino llena de moratones —adujo Candy.

Mientras discutían, Bea se había acercado hasta ellos y había cogido en brazos a su pequeño.

—Hay una forma de defenderse de Nat —propuso Leo.

—Dímelo, te lo ruego —suplicó George, con lo que se ganó un mini puñetazo en el bíceps de parte de su esposa.

—¡El gigante rubio! —todos los miraron con perversión especulativa.

—Yo tengo otra idea mejor —comentó este.

—Ilústranos —lo provocó Bea.

Él se acercó a ella hasta que sus cuerpos casi se rozaron, con el pequeño en medio.

—La pelirroja y yo contra todos, ¿qué dices, pelirroja? ¿te apuntas?

—¡Toma ya! ¡Me encantas, colega! —contestó Nat—. Desde hoy eres mi mejor amigo.

—¡Eh! Yo siempre voy con mi madre —protestó Nina.

—Yo de ti no lo dudaría —agregó Candy—, desde el cariño, claro.

La niña fue hacia Nicky, le cogió de la mano y lo llevó hacia donde se estaba posicionando su equipo de tres.

—Nicky también viene con nosotros.

El niño, por toda respuesta, se puso rojo y se encogió de hombros.

—Te auguro un futuro incierto, pequeño —le dijo George.

—No seas idiota —se quejó su mujer.

—Si cambias de equipo no tendré piedad contigo solo porque seas mi hijo, te lo advierto —lo amenazó Bea.

—Que alguien la expulse, está amenazando a los míos —se quejó el gigante poniendo al niño detrás de él—. No te dejes intimidar.

En ese momento, una ranchera roja paró cerca del camino y vieron bajar al sheriff de Wellstone acompañado de Doble M y La Loba Celta.

—Llegan los refuerzos —gritó Leo.

Hicieron las presentaciones y Nicky miró al Justin mayor.

—Te llamas como mi hermano —le dijo.

—Vaya —comentó Doble M—, tiene nombre de sheriff.

—¿Eres sheriff? —le preguntó mirándolo con admiración.

—Sí, lo soy. —Se sacó del bolsillo de la camisa su placa—. ¿Ves?

—¡Qué bien! Sois los mejores —declaró el niño sin atreverse casi ni a tocarla, pero acercando mucho la mano.

—¡Ejem! —George se aclaró la garganta—. En Texas hay algo mejor que ser sheriff.

Todos le miraron, Nat se colgó de su brazo con orgullo mal disimulado.

—¿Eres jugador de rugby? —preguntó el niño.

—Es ranger ¡tonto! —le contestó Nina.

—¿Como el de la tele? —quiso saber el pequeño.

George puso los ojos en blanco mientras Justin se reía.

—¿Y si dejamos de jugar a los oficios y seguimos con la competición de verdad? —se quejó Byron.

—Yo solo soy mecánico, así es que no puedo competir con estos que salvan vidas, pero si les damos una paliza en los próximos minutos, te invito a un helado ¿qué dices? —se dirigió al chico mientras cogía la pelota.

—Salvaste la vida de mi mujer y mi hijo, de modo que... no hay competición; tú ganas —declaró Byron posicionándose en el campo improvisado—. Aun así, sigo debiéndote una buena paliza y nunca me quedo lo que no es mío; prepárate.

Chack sonrió con fiereza y se preparó para el encuentro. En la primera jugada se vio claro lo que iba a pasar durante el resto del encuentro: Byron caía una y otra vez a manos de Chack, pero una y otra vez se levantaba; Nat mantenía a raya a George, hacía lo que hiciese falta, desde luego no era de las que jugaba limpio; Candy tenía su propia lucha con Nina y Justin aguantó un par de caídas propiciadas por Chack, pero la tercera vez que lo mandó al suelo junto con su amigo, se retiró a la sombra donde estaban los pequeños con la señora Lebowsky; Doble M se incorporó a su equipo y trataba de contener a Spock; finalmente, y casi en la línea, Chack se disponía a pegar el balón al suelo cuando sintió que alguien se le colgaba a la espalda, un aroma y un tacto que reconoció enseguida, a pesar de llevar colgando de una pierna a Spock, que se había deshecho de Doble M dejándole sentada de culo en la

hierba, y de la otra a Candy que, a su vez, portaba a Nina enganchada a su cintura. Con toda esa carga tuvo que tirar nuevamente a Byron, ese comanche no se rendía nunca. Vio a Nicky mirándolo con los ojos muy abiertos desde la línea imaginaria que les daría ventaja en el tanteo, le habían dejado solo. Le miró, sonrió y, mientras se tiraba al suelo con todo el equipaje, le pasó el balón.

Se escuchó un ¡oh! general y el niño puso el balón en la línea. Todos se acercaron al pequeño para felicitarlo, Byron lo subió a hombros y George hizo lo mismo con Nina mientras jaleaban sus nombres. Chack se quedó boca abajo en el suelo con Bea encima, ambos respiraban con dificultad, en parte por el esfuerzo, solo en parte. Bea le susurró al oído:

—Gracias.

Chack se dio la vuelta y las posiciones quedaron intercambiadas, Bea se perdía entre su enorme cuerpo, él se apoyó sobre sus codos para no aplastarla.

—Es un placer, todo —soltó con un tono de voz enronquecida. Le tocó la punta de la nariz con un dedo y se levantó.

Bea sintió que la invadía un frío intenso y pensó que no le cabría tanta frustración sexual en el cuerpo. Hacía menos de veinticuatro horas que lo había tenido y ya quería otra buena sesión, ¿y se suponía que debía resistirlo constantemente? Adoraba aquello, sus amigos, el entorno, a él. Tenía que alejarse, debía hacerlo.

Cuando levantó la vista, Nicky estaba sobre uno de los hombros de Chack y Nina sobre el otro, Ruby se abrazaba a una de sus piernas y Justin tiraba del pantalón en la otra.

Las lágrimas le inundaron los ojos, él la miró y sonrió, parecía que le estuviera diciendo: ¡ánimate, nuestra vida puede ser esto. Pero no era real, eso era solo lo que ella quería creer, al fin y al cabo, un polvo es un polvo, aunque sea espectacular, y las cosas podían salir muy mal. De hecho, suelen salir muy mal.

—Por cierto, tío —le dijo Justin a Leo—, eres el peor árbitro de la historia,

aquí ha pasado de todo y...

—Aquí la ley soy yo —le contestó muy serio él.

Todos se echaron a reír y dejaron los juegos para centrarse en la comida.

Mal momento, buen deseo

En cuanto llegaron a casa, Chack se ofreció a ayudarla con los niños, ella rechazó la idea porque sabía lo que vendría después; lo deseaba, y por la manera en que la había tocado de forma casi imperceptible, pero constante durante todo el día, él quería lo mismo.

Así se encontraban despidiéndose en la puerta, los niños habían entrado y Chack le impedía cerrar, ya que apoyaba su cuerpo en la jamba cubriendo todo el hueco.

—Lo de hoy ha estado muy bien —le dijo.

—Sí, ha sido divertido, los niños lo han pasado genial —convino ella mirando hacia dentro para controlar a sus hijos, que en ese momento se peleaban por el mando a distancia del televisor.

—Deberíamos repetirlo —insistió él acercándose más de lo debido.

—Sí, tal vez nos encontremos en otra ocasión.

—No. Me refiero a nosotros, los niños, tú y yo, tal vez podríamos ir al Wellstone, al rancho de Candy, y ver los caballos. A Nicky y a Rubi les encantará montar, y puede que convencemos a Byron para que nos haga una exhibición, es un gran jinete.

Bea echó una nueva mirada rápida al salón y vio a sus hijos semi tumbados en el sofá, estaban entretenidos con Los Simpson. Tendría que explicarle a Spock qué tipo de dibujos eran apropiados para ellos.

Aprovechó que estaban distraídos para aclarar las cosas con su vecino.

—Chack, esto entre nosotros no va a pasar.

—Cariño, esto entre nosotros ya ha pasado, está pasando —contestó él, retirándole un mechón de pelo de la cara y colocándoselo tiernamente detrás de la oreja.

Ella se mordió el labio con nerviosismo.

—No, no va a pasar, ahora no podemos hablarlo tranquilamente, pero mira, yo... no voy a arriesgarme a que los niños se encariñen contigo, no de esa manera.

—Sé por qué me lo dices, de veras, pero no es necesario que las cosas entre nosotros vayan mal; incluso si es así, podremos seguir siendo amigos.

—No.

—Cariño, en serio...

—No soy tu cariño, no me llames así, y no me toques así.

—Así ¿cómo? —se quejó él.

Ella se acercó un poco más para poder hablar sin que los niños, que habían bajado el volumen de la televisión de forma sospechosa, se enterasen.

—Como si tuvieras derecho —le espetó.

—No era mi intención ofenderte, es solo que me apetece y pensé que a ti... que tú...

—Pues pensaste mal. Yo no quiero que lo hagas. Lo único que quiero es que seas mi vecino, un buen vecino y nada más.

—Y lo de anoche...

—Ya está, los dos hemos probado eso que teníamos tantas ganas de probar y nos hemos quitado de encima el... problema. Ahora tenemos que seguir como si nada.

Chack la miró entrecerrando los ojos y apretando la mandíbula.

—¿Y qué pasará cuando vuelva a crujir mi cama y no seas tú la que esté dentro conmigo?

Bea abrió muchísimo los ojos, ni en un millón de años habría esperado esa respuesta, aunque la verdad es que así era él, no tenía que olvidar esa

soberbia, que la volvía loca y a la vez le encantaba.

—Eres el hombre más egocéntrico y... y...y...

—Sabes que tengo razón, desde luego yo no quiero escuchar tu cama si yo no estoy contigo.

Bea no sabía cómo reaccionar cuando le hablaba así, sabía que debía enfadarse, pero la verdad es que se estaba excitando.

Chack le puso la mano en el cuello, esa enorme mano que le daba calor y la ponía al borde del abismo, esa mano que ya sabía exactamente cómo acariciarla, cómo acelerarla y cuándo frenarla, esa que le hacía sentir vacío cuando se apartaba. La muy traicionera subió hasta agarrar su cara, con el pulgar acariciando la mejilla.

Vio cómo bajaba la cabeza y amoldaba su enorme cuerpo al de ella mientras mantenía el otro brazo apoyado en la madera, la sujetaba, pero le daba espacio para escapar.

Y ella quería huir, alejarse y cerrarle la puerta en las narices, rubricar con hechos sus palabras. Pero no podía, algo la retenía ahí, su aliento, quería sentir una vez más su aliento, y su tacto. No podía engañarse, quería volver a sentirlo dentro...

—Mami, me duele la tripa —la voz de Rubi la llamó desde el sofá.

—Me encargo de los chicos, mientras tú... —comenzó Chack, pero Beatrix no le dejó terminar.

—No, gracias, puedo sola.

Y entonces sí se apartó y cerró la puerta.

Una vez en su casa se desnudó con rabia y torpeza, dejó la ropa por el suelo del salón y se metió en la ducha. El agua fría le sentó bien, le despejó los sentidos, mientras se frotaba con fuerza gritó para descargar la ira contenida.

Primero Candy y ahora Bea, estaba claro que no tenía buen instinto con las

mujeres. Con Bea no había sentido lo mismo con que la rubia, su vecina lo llenaba por completo, la quería para él, y también él estaba asustado, pero no iba a salir corriendo. Daría cualquier cosa por que ella les diera la oportunidad de explorar ese terreno, pero estaba claro que no iba a resultar fácil.

Ella quería que solo fueran algo así como amigos; estaba bien, podía hacerlo, sería su mejor amigo hasta convertirse de nuevo en su amante, no se iba a dejar derrotar tan fácilmente, Beatrix merecía el esfuerzo, y los niños, también los quería a ellos.

Una familia, su familia. Salió de la ducha y se secó despacio, el pelo seguía descargando agua por su cuerpo, se lo secó con otra toalla mientras se miraba en el espejo. No pudo evitar desear tener ahí a Bea, pegada a él, su cuerpo voluptuoso y desnudo pegado al de él, mojado igualmente, la quería húmeda entre sus brazos y no solo por el agua, sino por la excitación que se causaban mutuamente.

Sin darse cuenta se había cogido con la mano y se movía contra ella, dejando libres sus pensamientos, el pecho de Bea moviéndose a la vez que sus embestidas, su boca roja y jugosa por el deseo, su rostro extasiado por el placer. Se meció fuerte y no tardó ni un minuto en llegar a derramarse sobre su mano. Volvió a la ducha.

Completamente desnudo fue hacia la cocina, se puso un vaso de leche fría y lo bebió de un trago. Escuchó ruidos en la casa de al lado. Era ella moviéndose por su cocina. Ya no se oía a los niños. Dejó el vaso en el fregadero y se fue hacia su dormitorio.

Estaba cansado, se acostó y no se molestó en taparse, no hacía frío. De nuevo escuchó ruidos en el piso de al lado. Contuvo la respiración hasta que oyó cómo su vecina se metía en la cama, se preguntó si de repente se le había agudizado el oído, o si siempre habían sido de papel las paredes.

Tras un momento de silencio absoluto, la quemazón que tenía en el pecho le hizo reaccionar. Dio unos golpecitos con los nudillos en la pared, no le

gustaba haberse despedido de ella con una discusión.

Contuvo la respiración esperando respuesta, los segundos se le hicieron eternos hasta que escuchó una respuesta.

Toc, toc, toc.

Una sonrisa se dibujó en su cara y con algo más de esperanza consiguió dormirse.

Beatrix sabía que no debería haberle contestado, que para él eso querría decir que ella seguía en el juego, pero no lo pudo evitar, la había sobresaltado con esos suaves toques. Era adorable, desde luego, y ella no podía resistirse, pero tenía que hacerlo, tenía que luchar contra su encanto y concentrarse en su ego, su tendencia a salir con mujeres sin recordar su nombre y su entorno de motos y cerveza poco recomendable. Eso último era una tontería, había conocido a sus amigos y eran un grupo variopinto y seguro, habían sido encantadores y divertidos con ella y con los niños, a la señora Lebowsky le habían encantado y Nicky se había medio enamorado de Nina. De acuerdo, Chuck era un motero, de hecho, tenía un taller de esos que hacían motos, pero no era agresivo, ni machista, ni todas esas cosas que había oído decir de los moteros. Era texano, así es que acostumbraba a decir «sí, señora» y a pagar la cuenta, así había sido educado.

Se durmió pensando en el gigante rubio, sin apenas darse cuenta.

Bea se volvió tan rápido que salpicó el café sobre el delantal.

—¡*Mierda!*— soltó en español.

—Por qué será que los tacos en español suenan más fuertes. —Gini, la compañera de Beatrix en la cafetería, era una chica joven y bonita, con una

sonrisa de un millón de dólares y un trasero de varios.

—Gini, voy dentro a cambiarme —le informó dirigiéndose hacia el almacén.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó la joven.

—No es para tanto, cariño, solo tardaré un minuto y no hay casi gente.

—Oh, Dios mío, tu delantal; no. Oh, Dios mío, qué pedazo de tío está entrando por la puerta, y viene directo a nosotras.

—¿Y dónde quieres que vaya? Por si no te has dado cuenta, el café está en nuestras manos, o en nuestra ropa, para ser más exacta.

—Pues el que va con él no está nada mal, lástima que mi radar diga que es total y absolutamente gay, voy a llamar a Jo, le va a encantar. —La chica siguió a lo suyo sin hacer caso a Bea.

—Ni se te ocurra moverte de aquí hasta que vuelva de cambiarme. —En ese momento se giró para ver al espécimen que había vuelto loca a su compañera.

La cafetera se cayó de sus manos, era la primera vez que rompía una en sus más de diez años de experiencia como camarera.

—Eso que te avisé... —le advirtió Gini.

Ella se agachó para recoger el destrozo y, de paso, esconderse de su vista, pero naturalmente era tarde, ya la había divisado.

—Hola, cariño —le dijo apoyando su cuerpo en la barra, de modo que la veía perfectamente, ahí, agachada tratando de ocultarse.

Bea se levantó y sus cabezas tropezaron, ambos se llevaron la mano al punto doloroso.

—Yo no soy tu cariño —remarcó ella, a la vez que sacaba hielo y se lo colocaba en la cabeza.

—¿Puedo serlo yo? —le preguntó la joven apoyándose delante de él con descaro.

—Aunque me gusta tu estilo, debo reconocer que estoy loco por ella —le informó, señalando con el dedo a Bea.

—Si vas a estar aquí con... ese monstruo será mejor que esperéis en la

terraza —le espetó su vecina camino del almacén.

Chack le tapó las orejas a su perro.

—Estás hiriendo su sensibilidad —la acusó.

—Hablaba con él, no contigo —replicó desapareciendo por la puerta.

—Vaya, tío, esto sí que es arreglar las cosas —comentó Leo.

—Me adora, lo que pasa es que es un poco cabezota, y tiene mucho carácter.

—¡Oh, me encanta! Es como en una novela romántica —intervino la camarera.

—Su hermana escribe novelas románticas —le informó Leo.

—¿Qué? ¿La conozco? ¿Cómo se llama?

—Lisa Monroe. Big Rock y yo esperaremos fuera. Como vas a estar muy ocupada hablando con Leo, será mejor que le digas a tu compañera que me saque un café.

—Entendido, yo me quedo aquí con esta preciosidad...

—Que pena que seas gay; para el género femenino, quiero decir —apostilló.

—Buen ojo —apreció Leo—. Lo que decía, me quedo charlando con esta preciosidad y tu vecina te lleva el café, te mira a los ojos y se da cuenta de que está perdidamente enamorada de ti. Tu plan hace lagunas.

—Necesito saber toda la historia —exigió Gini.

—En resumen, se va a casar conmigo, pero ella aún no lo sabe —le contestó.

—¡Joder! Y ¿cuándo has decidido eso? —le preguntó asombrado Leo.

—Ahora mismo —aseguró, mirando fijamente hacia la puerta por la que había desaparecido Bea.

—Estás como una cabra, colega.

—No soy yo el que está colgado de un deshecho humano —se defendió.

—Te has pasado.

—Pero es la verdad, y tienes que dejarlo.

Leo apretó la mandíbula y se puso frente a su amigo en actitud desafiante, lo que resultaba casi ridículo dada la diferencia de tamaño entre ambos.

Gini observó la creciente tensión y decidió intervenir.

—Leo, eres Leo, ¿verdad? Ven a contarme todo acerca de estos dos, te invito a un cappuccino de avellana.

—Debería gustarme el cappuccino solo por ser gay ¿verdad?

—¿Te gusta? —insistió ella.

—¡Mierda, sí! Soy patético, un tópico andante —confesó sentándose en un taburete de la barra y olvidándose de su amigo.

—Bienvenido a mi mundo, yo soy la típica camarera rubia y atolondrada que está buenísima.

—Veo que lo llevas fatal —contestó Leo.

—Sí, es terrible tener este hermoso cabello —se mofó ella haciendo un movimiento de cabeza que la hizo brillar, literalmente.

Al llegar a la altura de la barra de servicio, Bea vio a su compañera enfrascada en una conversación de lo más divertida, o eso parecía, con Leo. Los ocupantes de las dos únicas mesas con gente estaban en plena comida, y no daba la impresión de que quisieran nada más. Miró hacia fuera y vio al gigante rubio con su también gigante perro sentado en una de las muy modernas sillas de terraza, que parecía a punto de romperse bajo su peso.

—Gini, ponme un café para el gigante rubio.

—¿Así le llamas? Me encanta. —Se volvió y se dispuso a servirlo.

—¿Sabes? A mi amigo le gustas de verdad, como para toda la vida y eso —le confesó Leo.

—Tu amigo está encaprichado conmigo porque le he dicho que no voy a tener nada con él.

—¿Y te lo crees? —le preguntó con malicia.

Bea cogió la taza de café y fue hacia la puerta sin contestar.

Chack estaba acariciando entre las orejas a Big Rock, que descansaba su enorme cabeza en el regazo de su esclavo. El gigante rubio estaba seguro de

que el can lo veía así.

Vio cómo su vecina le ponía la taza sobre la mesa con más energía de la necesaria.

—¿Quieres algo más? —le preguntó.

—¿Puedes sentarte un momento conmigo?

—No.

—Ya, verás, en un par de semanas se empezará a rodar un *show* de televisión en mi garaje, me gustaría que estuvieras por allí como la cara bonita, esas cosas gustan.

—¿Eres consciente de que me estás insultando?

—Te acabo de decir que eres bonita, ¿de qué retorcida manera puede ser eso un insulto?

—Ni siquiera me voy a molestar en explicártelo.

—Antes Candy era algo así como la jefa administrativa, ahora no tengo a nadie en ese puesto y me estoy volviendo loco con los papeles.

—Mala suerte, a mí no se me dan especialmente bien los papeles.

—Deja que lo dude, tienes tres hijos y subsistes muy bien con un sueldo de camarera, estoy seguro de que haces malabares con los números y estás acostumbrada a lidiar con la burocracia del sistema.

—Deberías buscar un contable.

—Tengo un contable, bueno, un asesor, o lo que sea, pero necesito alguien que gestione el día a día, que coja el teléfono, apunte las citas, haga inventario, pedidos, esas cosas... A mí solo me gusta arreglar motos.

Le pareció que Bea comenzaba a pensárselo, vio un destello de curiosidad en sus ojos, algo especulativo.

—¿Cuánto pagas? —le preguntó directamente.

—¿Cuánto te pagan aquí? —contraatacó él.

—No, señor, no vas a subir un poco y punto. Debe ser mucho, tiene que compensarme el cambio.

—¿Cuánto quieres?

—Catorce dólares la hora, seguro familiar que incluya póliza dental, indemnización en caso de despido...

—Doce, y desde luego que sí al seguro. —Sabía que no debía ponérselo muy fácil o daría marcha atrás.

—Trece y dos semanas de vacaciones pagadas.

—No hay problema, en verano cierro el taller tres semanas, suelo ir a Nueva York a ver a mi hermana.

—Me da igual cuánto cierres, yo tengo que cobrar todos los días de mi vida.

—Eres dura... Está bien, tendrás tus dos semanas pagadas y la otra podrás ponerte al día con el papeleo, aunque yo no esté.

—¿Cuándo quieres que empiece?

—Ayer.

—De momento tendré que compaginarlo, no puedo dejar a mi jefe tirado de un día para otro.

—Me parece justo. Cuando estuvo Candy montó algo así como una pequeña guardería en la parte de atrás, puedes traer a los chicos si algún día... no sé, lo necesitas.

—No será necesario, pero gracias.

—Pásate por el taller mañana y ultimaremos los detalles y cuadraremos horarios. Solo una cosa más —apuntilló él.

—¿Sí? —quiso saber antes de dejarlo solo con su enorme perro.

—Tengo como norma no entablar relaciones sentimentales con mis empleados, así es que tendrás que renunciar a mí.

—¡Por fin! Creí que no me lo pedirías nunca. Será un placer, créeme.

Él soltó una carcajada mientras Bea entraba de nuevo en la cafetería con aire de haberse tragado un sapo.

Malas compañías, buen trabajo

Era su primer día en el taller, se había cambiado de ropa tres veces ¿qué demonios se ponía una para trabajar en un taller de motos de esos que salen en la tele? El gigante rubio le había dejado claro que tenía que estar presentable, pero no como una ejecutiva o una secretaria, en el contrato ponía recepcionista, pero no se iba a vestir como si fuera a un hotel.

Finalmente, se decidió por unos vaqueros y una blusa blanca de tirantes, era ancha, de forma que no marcaba su generoso busto. Era la única que no lo hacía, su ropa era más bien... sexi, pero no quería ir sexi al taller. Sabía que estaba siendo infantil, ella siempre vestía así, y en ese instante no iba a hacerlo solo porque él le había pedido que lo hiciera... un momento, ¿y si lo había dicho para conseguir que ella hiciera lo contrario? Era muy capaz. Se sacó la blusa y cogió una de sus camisetas ajustadas, en ella se podía leer *No te metas con las chicas*, se miró al espejo y sonrió con malicia.

Aparcó en la entrada su pequeño utilitario, se atusó un poco el cabello y, tras coger el bolso, entró en el taller como si fuera la dueña, era la actitud que Candy le había aconsejado mantener con los chicos. Leo le había facilitado el teléfono de la joven madre, y la chica se había mostrado entusiasmada con la idea, por lo visto pensaba que Chuck era la mejor persona del mucho. Ya, claro, por eso ella estaba con su indio. No estaba siendo justa, en realidad con ella también se había portado bien, era esa dichosa química que la estaba volviendo loca y a partir de entonces sería aún peor viéndose todos los días.

Divisó al tipo de la gran barriga que estaba en el local cuando fue a firmar el contrato, le había dado al dueño de la cafetería un par de semanas de preaviso y se había familiarizado con el sistema contable de Chuck en casa. Durante ese tiempo no había tenido que ir al taller, estar con el gigante en su casa con todo su enorme cuerpo invadiendo su espacio personal había sido una tortura y una gran prueba para su libido indisciplinada, pero la había superado, y él no le había hecho ni la más mínima insinuación; quizá iba en serio lo de no confraternizar con su personal. Claro, que tampoco había escuchado el movimiento de su cama, era raro en él, no solía estar tanto tiempo sin... sin una mujer. Quizá tenía una novia e iban a casa de ella. Frunció el ceño de manera automática.

—Acabas de llegar y ya estás enfadada...

—No estoy enfadada, no te había visto —le dijo tomando la taza de café que Chuck le estaba ofreciendo.

—Estaba preparando café en la parte de atrás. Deja el bolso, te enseñaré esto.

Bea dejó el bolso detrás del mostrador de recepción y colgó la chaqueta de piel en el taburete. Vio cómo los ojos de Chuck se agrandaban y cuadraba la mandíbula, las pupilas se le habían dilatado; la camiseta estaba causando buen efecto, sin duda.

—Bonita camiseta, una frase muy... elocuente —le dijo—. No obstante, llevarás una con la publicidad del taller.

—Un momento, ¿voy a llevar uniforme?

—¿No te lo había dicho? —le observó reírse. Ella se había llevado el primer punto, pero sin duda él había ganado el set.

Dieron una vuelta por el taller, la parte de atrás era ideal para que estuvieran los niños: estaba monitorizada, de forma que veía todo lo que pasaba desde el ordenador, tenía una mesa de trabajo infantil y un escritorio de adulto, un parque cerrado con juguetes y una manta de bebé en el suelo.

—¿Candy hizo esto? —quiso saber intrigada.

—En realidad lo hice yo para ella y Angel, eso fue antes de que apareciera Byron.

—Ya, estabas enamorado de ella ¿eh? —le preguntó directamente.

Él se paró un momento mirando todo aquello.

—Ahora me parece excesivo para un bebé, habría bastado con el parque, pero no quería que Candy se fuera, hacía un gran trabajo.

—No me has contestado.

Chack se volvió para mirarla a los ojos.

—Estaba prendado, encaprichado, pero ahora sé, con total seguridad, que no estaba enamorado. Yo nunca la he mirado como la mira Savage.

—Debe de ser bonito amar así.

—Lo es —le aseguró él.

Se quedaron mirándose en silencio un par de minutos, sus ojos entrelazados en la distancia, y esa fuerza magnética que los llamaba queriendo acercarlos.

—Será mejor que me ponga a trabajar, por lo que he visto esta semana tienes mucho retraso.

—Ya te dije que no me gustan los papeles. El contable te llamará durante la mañana para que os pongáis al día.

Para Bea el día pasó volando, cuando se quiso dar cuenta Rudy, el tipo de la barriga, le estaba metiendo prisa para cerrar. Chack había salido a media mañana y no había vuelto.

Los días pasaron con la misma agilidad, ella nunca imaginó que le gustaría tanto ese trabajo, casi no le daba tiempo de aburrirse, no sabía que había tanta gente loca por las motos, y vio a Chack de una manera diferente. Era un gran empresario y muy respetado en el mundillo, sus trabajadores le querían y le temían por igual, y los clientes le adoraban. Los de la televisión estuvieron encantados con la nueva incorporación. Les hicieron una prueba de cámara juntos y, cuando se marcharon, salieron diciendo que se iban a hacer de oro.

Su vida se había convertido en algo que le gustaba mucho, tenía tiempo para estar con sus hijos, le apasionaba su trabajo y hasta tenía vida social. Sin

citas, pero vida social al fin.

Chack vio pasar los días con ansiedad mal disimulada, el programa comenzaría en un par de semanas y él no había conseguido adelantar nada con Bea. Quería estar con ella cuando empezara, no deseaba que toda la audiencia fuera partícipe de sus *no relaciones*.

El traidor de Big Rock estaba más tiempo con ella que con él y tenía a todos los trabajadores comiendo de la palma de la mano, tenía un estilo menos agresivo que el de Candy, era más bien una madre, daba con una mano y quitaba con la otra, y así los mantenía a raya, pero encantados.

A todos menos a él, a él solo le quitaba, apenas cruzaban la palabra más de lo imprescindible.

La segunda semana ya era la jefa absoluta del local, todos los clientes preguntaban por ella y era una experta en vender arreglos y accesorios no previstos, sin duda llevaría el negocio a un punto que él no había imaginado hasta ese momento. Lo del uniforme no había salido tan bien como él pensaba, ya que había hecho unos cortes y algunos nudos a sus camisetas y en ese momento eran algo realmente sexy.

Cuando recibía la visita de su amiga Gini, el local se paralizaba por completo. Ni una sola vez había llevado a los chicos al trabajo, ellos se lo pedían constantemente, pero Bea se mantenía firme: no iba a mezclarlos con él.

A los del programa los había vuelto locos, les encantaba, incluso le habían insinuado a Chack que estaría bien algo de acción entre ellos, decían que echaban chispas juntos y que a la cámara le encantaban. Por eso todo debía quedar resuelto antes de que comenzase el programa, no tenía intención de airear sus trapos delante de todo el mundo.

Era miércoles, un día como otro cualquiera, o eso parecía. Había quedado

con Charlie, con el que solía hacer tratos. A Charlie le gustaba invertir en motos antiguas y se las llevaba a Chack para que las arreglara y les diera un aire nuevo. Les llamaban Doble Ch cuando los veía juntos. Siempre ganaban y, por lo general, cantidades elevadas. Charlie era muy, muy rico porque, además, era de familia con dinero antiguo. Cuando lo conoció vio su potencial y enseguida invirtió en él, Chack le había devuelto hasta el último dólar con intereses, y entonces hacían negocios juntos.

Cuando Chack le vio entrar, se dio cuenta rápidamente de que su amigo se había fijado en Bea. Ella le dedicó una sonrisa radiante, sin duda dispuesta a venderle el taller entero si hacía falta, tenía un talento especial para oler el dinero.

—Dime que no estás comprometida —dijo apenas la vio.

—Tengo tres prometidos de nueve, seis y tres años —le respondió—, pero estoy dispuesta a darte treinta minutos de mi valioso tiempo y las fabulosas manos de mis expertos mecánicos.

—Vaya, vaya, Chack —comentó sin quitarle la vista de encima a Bea—, ahora eres el mecánico de alguien.

—No lo dudes, Charlie, aquí la jefa es ella, yo solo hago lo que me dicen —le contestó el gigante limpiándose las manos en un trapo y dirigiéndose a él.

—¿Os conocéis? —los interrogó la joven.

—Es el Charlie que aparece en algunas facturas.

—Oh, ese Charlie, ¿eh? —se sorprendió ella.

—Para servirte. —Le tomó la mano y se la besó a la antigua usanza.

—Déjate de rollos, Charlie, vamos al despacho, quiero enseñarte dos preciosidades que tengo fichadas.

—Yo tengo fichada a una y no creo que las tuyas la superen —le contestó en clara alusión a ella.

Chack apretó los dientes y enfiló hacia el despacho sin decir nada más. Charlie le siguió, no sin antes guiñar un ojo a Bea.

A Beatrix le gustó inmediatamente, era un ligón muy obvio, pero encantador.

Y físicamente estaba muy bien, no era la belleza ruda de Chack, era más bien delgado y elegante, llevaba un traje carísimo muy ajustado al cuerpo y el pelo corto y espeso era negro y sedoso. Ese era un buen candidato para una aventura, nada serio, nada complicado, todo muy agradable, y entonces... ¿por qué no le apetecía en absoluto?

Chack se sentó en la gran silla de cuero tras el escritorio, buscó en sus archivos de ordenador dispuesto a pasar por alto el flirteo de su amigo con su vecina; al fin y al cabo, no era asunto suyo. Pero escocía, eso sin duda.

—¿Tienes algo con ella? —le interrogó Charlie.

—¿Con Bea? No, trabaja para mí, ya sabes...

—Voy a pedirle que salga conmigo.

—Adelante.

—¿De verdad no te importa? —insistió.

—Te va a decir que no, tiene tres hijos y no le interesan las citas.

—Ya lo has intentado, ¿no?

—Somos amigos, nada más.

—Bien. Enséñame esas preciosidades, hoy parece ser mi día de suerte.

Chack le mostró lo que tenía, pujaron por ambas y cerraron el trato en apenas veinte minutos. Y durante todo ese tiempo él estuvo pensando en Bea y su amigo: cenando, paseando, escuchando música en algún lugar de jazz de los que tanto le gustaban a su socio, y en el beso de después. Tenía que dejarla salir con alguien así, alguien que le pudiera dar lo que quería, alguien que la hiciera reaccionar; si lo que pensaba que sentía por él era parecido a lo que su propio corazón le decía, abriría los ojos y, quizá, tuvieran una oportunidad.

Era una apuesta arriesgada: si ella no lo quería como él a ella, la perdería y tendría que verlos juntos y se moriría. Pero lo haría, apostaría todo por Beatrix.

—Preciosa. —Bea escuchó a Charlie dirigirse a ella en cuanto salieron del despacho.

—¿Habéis ganado mucho dinero en este ratito? —se interesó ella.

—En realidad, hasta ahora solo hemos perdido, pero en cuanto estén arregladas y las pongamos en circulación, haremos caja.

—Bueno, hoy ya la he hecho por vosotros. Acabo de vender la Indian Springfield, no obstante, antes de cerrar el trato, el chico quiere hablar contigo, Chack. Quedé en llamarlo en cuanto salieras, así es que no te muevas de aquí —le ordenó, cogiendo el teléfono.

—¿Ves como es la jefa? —se rio él.

—Sí, desde luego, me gusta su estilo.

Bea le sonrió mientras pasaba el teléfono a Chack.

—¿Qué me dices, preciosa? ¿Quieres salir conmigo a celebrar nuestro éxito del día? —El descaro del moreno le resultó sorprendente y refrescante.

—Te diría que sí, pero tengo que recoger a mis hijos en el colegio y luego tengo por delante una entretenidísima tarde de deberes, juegos, duchas, cenas... La vida de madre. —Quiso dejarle muy claro cuál era su situación.

—No me has asustado ni un poquito, sigo queriendo salir contigo. —Buscó en su móvil y se lo mostró.

—¿Qué es eso? —le preguntó ella.

—Es la mejor sala de jazz de Houston; te recojo, cenamos y escuchamos el mejor jazz del estado. No puedes decir que no.

Bea estaba empezando a sentir verdaderas ganas de decir que sí, sería tan agradable... Hacía tanto tiempo que no era una mujer en ese sentido. Desvió la mirada hacia Chack, que tenía la mandíbula apretada, aunque se mantenía sereno.

—Los viernes Spock, que es mi niñera, está en el centro social, y la señora Lebowsky ya me ayuda bastante, no puedo abusar de esa forma de ella.

—Ve, yo me quedaré con ellos —le ofreció Chack.

Bea lo miró extrañada, no se podía creer que se estuviera ofreciendo a quedarse con sus hijos para que ella saliera con otro. ¿Había renunciado a ella? ¿Así, sin más? No podía ser. Entonces, realmente no fue nada. Lo que a ella la tenía sin dormir, espionando a través de la pared los posibles sonidos de

la noche, para él era nada, y los sentimientos que le despertaba, esa plenitud cuando estaban juntos trabajando, o cuando charlaban, o cuando se felicitaban por lo bien que se había adaptado al trabajo, era algo normal. No tenía nada que ver con que realmente estuviera enamorado de ella, ni un poquito.

Ella había llegado a pensar que se estaba enamorando de él, que con el tiempo quizá... una vez que los dos supiesen lo que querían, podrían intentarlo. Le había parecido una prueba el hecho de no verlo con ninguna mujer ni en casa ni en el trabajo, pero era evidente que lo único que había cambiado era el sitio en el que las veía. ¡Maldito fuera! Si eso quería, eso tendría.

—Está bien, te tomo la palabra —le desafió. Vio, no sin cierto alivio, que el gesto de Chack se tornaba aun más serio, los labios casi se le desdibujaron.

—¿A qué hora te recojo? —le preguntó Charlie.

—Será mejor que nos saltemos la cena y nos veamos en el local de jazz directamente, tengo que recoger a los niños y dejarlos en la cama.

Pero entonces se quedó boquiabierta cuando Chack subió las apuestas.

—Escríbeme un permiso y llama al colegio, yo los recogeré y me encargo. Así podrás arreglarte y eso.

—¿Lo dices en serio?

—Totalmente.

Se estaban mirando directamente a los ojos, ambos con los brazos cruzados sobre el pecho. El aire a su alrededor se había enfriado varios grados y se desafiaban con cada respiración. Charlie carraspeó para llamar la atención de ambos.

—¿Estáis seguros de que no me estoy metiendo en lo que sea que hay entre vosotros?

—Beatrix está convencida de que no hay nada entre nosotros —aseveró Chack.

—¿Y tú? —insistió su amigo.

—Si lo hubiera, te aseguro que no se iría contigo esta noche.

—Por si no os habéis dado cuenta, sigo aquí —intervino ella.

—¿Entonces? Esta noche...

—Me gusta cenar pronto, recógeme a las seis en mi casa —le aclaró Bea sin apartar la vista de Chack.

—Es la puerta que está al lado de la mía, ya sabes dónde vivo yo — confirmó el gigante.

—¿Estáis seguros...?

—¡Sí! —gritaron ambos a la vez, y en esa ocasión los dos le miraron.

Charlie levantó los brazos rindiéndose.

—Está bien, nos vemos esta noche —le aseguró—. Chack, tío, nos vamos a forrar. Nos vemos.

Salió del taller dejándolos en un incómodo silencio.

—Bien —comentó Chack.

—Bien —ratificó Bea.

—Voy a...voy... yo... me voy ya. —Se marchó sin volver a mirarla.

Mal amigo, buen niño

Chack aparcó la furgoneta en la puerta del colegio, nada más salir varias madres se volvieron a mirarlo con admiración, estaba acostumbrado a esa reacción de la parte femenina de la población, y de gran parte de la masculina, como decía su amigo Leo. Enseñó el permiso de recogida en la puerta de acceso y se dirigió a la verja azul, tal y como le había dicho Bea. Por allí salía Justin, que era el primero en terminar, debía tocar al timbre y esperar a que alguien acompañara al pequeño. Nicky salía por una de color verde, y Rubi salía por una puerta amarilla. Los tres almorzaban en el colegio y, desde que terminaban las clases hasta la hora de recogida, se quedaban haciendo extraescolares.

Justin salía de la mano de una chica joven que comenzó a tartamudear cuando tuvo que dirigirse a él. El pequeño bostezaba y nada más cogerlo se quedó dormido en sus brazos. Cuando llegó a la puerta amarilla vio a Rubi peleándose con otra niña, estaban cara a cara gritándose, una maestra corría hacia ellas, entonces la pequeña lo vio y él pudo escuchar lo que dijo, y casi se le cae Justin de los brazos.

—Sí que tengo padre ¡idiota! Y es muy guapo y muy grande y le puede dar una paliza al tuyo —terminó mientras lo señalaba con el dedo.

Él se acercó en dos zancadas e intervino a través de la verja.

—Eh, nadie va a dar una paliza a nadie. ¿No sois muy pequeñas para pelear?

La monitora ya había llegado hasta las niñas.

—¿Es usted... Chack?

—Sí, me he identificado en la entrada.

—Pero usted no es...

—Vamos, cielo, aún tenemos que recoger a tu hermano y mamá nos espera.

—Sí, papi querido —le contestó ella aferrándose a su mano en cuanto la puerta estuvo abierta.

Al llegar a la reja verde, Nicky le esperaba con un balón bajo el brazo, él sonrió de oreja a oreja, aunque no sabía muy bien por qué.

—Hola, Nicky ¿has estado jugando a soccer? —le preguntó.

—Sí, y he ganado el balón porque he metido tres goles, ¿sabes? Pensé que sería más difícil de lo que es.

—Bien hecho, colega, pero si lo que te gusta de verdad es leer, no pasa nada porque lo prefieras, aunque hacer algo de deporte es bueno para el cuerpo y la mente.

—Me gusta hacer las dos cosas, he jugado un partido y luego me he ido a la biblioteca y Mía Robinson se ha venido conmigo. —El crio no pudo ocultar una sonrisa.

—¡Vaya! No sé si a Nina le parecerá bien que andes leyendo libros con otras niñas...

—Mía es mi novia, Nina es mi amiga. Es diferente.

—De nuevo dudo de que tu amiga esté de acuerdo contigo.

—¡Va! Tú no lo entiendes porque eres viejo.

¡Oh, Dios! Eso había dolido. Mientras colocaba a los pequeños en las sillitas portabebés del coche pensó que le encantaría tener cerca a Bea para contarle lo que le había dicho su hijo.

—¡Eh! Big Rock, estás aquí. —Rubi se abrazó al gran cuello del perro, que se deshizo ante la caricia de su nuevo amor.

Esa tenía que ser su vida, debía volver a casa y comentar el día con su mujer, hablar de las diabluras de sus chicos, de los problemas de la crueldad

infantil, de lo que habían vendido en el taller, y mientras, bañarían a los pequeños y prepararían la cena, él echaría algún succulento bocado a la garganta de Big Rock y sería moderadamente reprendido por ello. En cuanto los niños estuvieran dormidos, ellos se prepararían un vino, o cerveza y... Frenó en seco, eso no era lo que iba a pasar. Beatrix se iría con su amigo y este la seduciría, lo había visto en acción y era consciente de que no iba a darle ni un respiro.

Chack tocó con los nudillos en la puerta del apartamento de Bea; aunque no habría hecho falta, el ruido que armaban los críos era suficiente para anunciar a todo el vecindario que habían llegado a casa. Solía gustarle ese momento cuando estaba en la suya por las tardes y los oía acercarse. Siempre miraba el reloj y sonreía hasta que se cerraba la puerta y el ruido se trasladaba dentro de la vivienda.

Bea abrió y él sintió un martillazo en la cabeza: estaba preciosa, radiante, se había puesto un vestido rojo y estrecho que marcaba sus prominentes y maravillosas curvas de mujer latina, realzaba su piel con apenas maquillaje y brillo de labios, sus pestañas larguísimas ligeramente teñidas de negro y esos enormes ojos que lo miraban con una mezcla de pesar y regocijo. Miró sus pies, «Unos altísimos zapatos de tacón no, por favor». Podría morir en ese momento si veía unos de esos en sus pies, pero no, fue aún peor. Unas sandalias que apenas eran un par de tiras, también rojas, y esas minúsculas uñas de sus pies, pintadas del mismo color.

—Creo que estoy sufriendo un infarto —aseveró Chack.

—¿Por este vestidito? No seas ridículo —le contestó ella quitándole al pequeño de los brazos.

—Quizá la palabra clave sea vestidito, porque a vestido no llega —se quejó él.

—Pues a mí me gusta —declaró Nicky.

—Gracias, cielo.

—¿Vais a salir? ¿Viene Spock? —les preguntó el niño mirándolos

alternativamente.

—Eh... —sonó el teléfono fijo de la casa.

—Salvados por la campana —agregó Chack.

—Chack, explícales tú mientras respondo ¿quieres?

—No, no quiero.

—Chack, por favor, no seas infantil.

—Claro, yo...

Bea respondió la llamada, el gigante observó cómo fruncía el ceño y los miraba alternativamente, a él y a Rubi.

—Nena, creo que nos hemos metido en un lío —le dijo a la niña. Esta se escondió detrás de su pierna e hizo un puchero.

—¿Entonces no vais a salir o qué? —insistió Nicky.

—Yo no, yo me quedo con vosotros, tu madre sale con un amigo mío.

—Pero eso no puede ser, no puedes dejar que salga con otro si es tu novia, hasta yo sé eso —se quejó amargamente.

—Tu madre no es mi novia, es mi amiga, como tú y Nina.

—¡Ja! Eso no te lo crees ni tú —se mofó el crío.

—Tú no lo entiendes porque eres pequeño —le soltó Chack en venganza por su comentario anterior. Aunque la realidad era que estaba de acuerdo con él.

El niño frunció el ceño y se cruzó de brazos.

Bea colgó el teléfono con calma; demasiada calma. Se puso las manos en las caderas y se dirigió a los niños.

—Id a vuestra habitación —les ordenó. Big Rock se escondió detrás del sofá.

—Yo me quedo —declaró Nicky—. Los hombres tenemos que defendernos. Su madre se acercó un paso hacia ellos.

—Gracias, colega, pero creo que esta conversación debemos mantenerla en privado tu madre y yo.

—Espero que no la hayas cagado mucho o te pasarás un mes sin

videojuegos —le dijo el pequeño en lo que él pensaba que era un susurro. Si su vecina no estuviera mortalmente seria, se habría reído del comentario.

—¡A vu...es...tro cuarto! —exclamó separando las sílabas como solo una madre sabe hacer.

Nicky miró con pesar a su héroe y, cogiendo de la mano a sus hermanos, se marchó hacia su habitación.

Cuando estuvieron a solas, Bea se acercó más a él. Chack se arrugó dentro de la ropa.

—¿Te has hecho pasar por el padre de mis hijos? —le acusó con una calma engañosa.

—No exactamente —se defendió él.

—¿Y cómo se puede *no exactamente* hacer pasar uno por el padre de mis hijos?

—Una niña se estaba metiendo con Rubi y yo...

—¿Le vas a echar la culpa a una niña? —Le dio con el dedo en el pecho.

Chack la dejó, necesitaba desahogarse y a él le parecía bien. Así es que se mantuvo en silencio y la dejó terminar el discurso que había creado para él.

—No eres consciente de lo que has hecho, ¿verdad? No puedes utilizarlos para llegar hasta mí, ni son el sustituto de nadie ni de nada, ellos son ellos. No son ese Ángel del que te enamoraste junto con su madre; son mis hijos, míos y de nadie más, ¿lo entiendes?

—¿Puedo hablar? —le preguntó él levantando las manos.

—No lo sé, me lo estoy pensando, me siento tan enfadada que... que... que... ¡Oh, Dios! no me gusta usar la violencia, pero te juro que te pegaría en este momento.

—Si te sirve, me dejo.

—No seas absurdo. No quiero que manipules a mis hijos, no voy a consentirlo. Los protegeré de todo y de todos.

—No tienes que protegerlos de mí; yo los quiero.

—No digas eso, por favor.

—¿Por qué? —Se acercó ella y le cogió la cara entre las manos.

—Suéltame. —Ella dio un paso hacia atrás y se soltó.

—Las cosas no son como imaginas. Rubi le dijo a la niña que yo era su padre, y no pude desmentirlo delante de su enemiga y de la maestrilla chivata esa.

—La profesora ha hecho lo que tenía que hacer, informar a su madre, que soy yo.

—¿De verdad querías que dijera que no era verdad? ¿Que dejara a tu hija como una mentirosa? Al día siguiente habría sido la comidilla en su clase y la tratarían como una apestada. Los niños puedes ser muy crueles, cariño.

—No me llames cariño —objetó, aunque ya sin fuerzas—. Mira, tal vez tengas algo de razón, pero no quiero que Rubi, que ninguno, llegue a creer que eres su padre.

—Sí, ya me lo has dejado claro —Chack respiró profundamente antes de continuar—. Tranquila, se les olvidará en unos días. Tal vez Charlie sea mejor candidato que yo —Pasó por su lado con gesto enfadado y fue hacia el baño.

—¿Me estás dejando plantada en medio de una discusión? —le recriminó.

—Eso solo lo hacen las parejas, y tú y yo no lo somos. Eso también me lo has dejado claro. —Se metió en el cuarto y abrió los grifos para preparar el baño de los chicos.

—Deja eso, llamaré a Charlie y cancelaré lo de esta noche.

—No es necesario. Tranquila, le dejaré perfectamente claro a Rubi que no puede esperar nada de un donnadie como yo.

—No pongas en mi boca palabras que yo no he dicho.

El timbre sonó y Chack cogió el bolso que descansaba sobre la mesa y una fina chaqueta que se apoyaba en una silla, se los puso en la mano y la llevó hasta la puerta medio empujándola.

—Espera, tengo que despedirme de mis hijos.

—No te muevas de aquí —le ordenó—. Chicos, decid hasta luego a mamá —Abrió la puerta del cuarto y los pequeños ni se movieron de donde estaban.

—¡Adiós, mami! —corearon.

—¿Un beso? —Nicky fue con Justin de la mano, le dieron un beso rápido y se marcharon igual de rápido a seguir jugando. Chack cogió de la camiseta al mayor y los redirigió hacia el baño.

—¿Rubi? —insistió Bea al ver que la niña se escondía detrás del perro que la guardaba de forma protectora.

—Ve a dar un beso a tu madre —le ordenó Chack. La pequeña se acercó tímidamente y Bea lo miró a él con verdadero odio.

—No pasa nada, cariño, tú no has hecho nada malo, tesoro —le aseguró abrazándola.

—Te has enfadado con Chack por mi culpa —lloriqueó la pequeña.

—No, cielo, no es tu culpa, es cosa de mayores, en serio. Mírame —insistió cogiendo entre las manos su pequeña cara.

La niña hipó en respuesta.

—Te quiero ¿vale? —le dijo.

—¿Y a Chack? —preguntó la niña.

Bea alzó la mirada hacia el gigante, que espera ansioso una respuesta a esa pregunta.

—Chack es un buen amigo que se ha equivocado. Y ya le he perdonado.

La niña la abrazó y se fue, seguida por un vigilante Big Rock al baño, donde Nicky estaba desvistiendo al pequeño. El timbre volvió a sonar.

Chack se acercó a Bea.

—Será mejor que te vayas. —Ella se giró con pesar—. Por cierto, no te he pedido perdón; volvería a hacer lo mismo.

Sin más, desapareció por la puerta del baño y la cerró con energía.

Chack escuchó el golpe de la madera a su espalda antes de haber entrado en la pequeña estancia en la que los niños reían sospechosamente y el perro ladraba con alegría y una vitalidad nunca vista antes en él.

Las cartas estaban repartidas, él ya había hecho su apuesta, y ya solo le quedaba esperar que Bea se diera cuenta de que su lugar estaba ahí, con él, y

no donde fuera con otro. O sola.

Cuando vio la estampa de la estancia quiso morir, suspiró profundamente y se armó de paciencia. El baño se había convertido en algo comunitario y que el perro, al que siempre tenía que llevar a rastras para asearlo, estaba dentro de la bañera con los tres niños, algo que la física consideraría imposible dado el tamaño de esta, siendo enjabonado por ellos con cara de ser el ser más feliz de la tierra. Se planteó sacarlo de ahí, pero finalmente acercó un taburete, se sentó y jugó con ellos.

Al terminar, estaban todos empapados. Lo más difícil había sido sujetar a Big Rock para secarlo con el secador y que no empapara la casa, cepillar el cabello de Rubi también había supuesto un desafío para él, pero, afortunadamente, Nicky tenía experiencia en eso. Al pequeño tuvo que volver a cambiarlo tras la cena, ya que ingirió la misma cantidad de comida que se tiró encima, pero los otros le informaron de que no debía darle él de comer porque, si lo hacía, nunca aprendería. Eran unos niños maravillosos y perfectos y él jamás había estado tan cansado, no podía menos que adorar a Bea por ser capaz de llevar adelante ella sola a su familia y el trabajo y, además, cuando estuvo enfermo fue lo suficientemente compasiva para estar con él.

Anotó mentalmente regalar un viaje a la señora Lebowsky y a Spock por la ayuda que le prestaban.

Tras dejarlos en la cama durmiendo, o eso pensó él, se preparó un vaso de leche y se recostó en el sofá viendo algo de televisión. Le llamó la atención una novela que estaba sobre la mesilla. Comenzó a leerla y le enganchó, le ruborizó y le dio ideas. Big Rock le había abandonado y se había acostado en la habitación de los niños.

Estaba a punto de dormirse cuando escuchó el famoso lamento de su perro, «no quieras salir ahora», pensó, entonces unos pasitos resonaron en el linóleo.

—No puedo dormir, quiero a mi mamá —susurró Rubi.

—Ven aquí, cariño —le dijo. La pequeña arrastró su peluche por el suelo

con una mano, mientras con la otra cogía de la oreja a Big Rock, que la escoltaba obediente.

Chack se volvió a tumbar en el sofá con la pequeña sobre el pecho y el perro tumbado en el suelo. Los tres se quedaron dormidos rápidamente.

Mala cita, buena apuesta

Al llegar a casa y ver lo que allí se dibujaba, Bea casi lloró de emoción. El gigante rubio estaba dormido en el sofá con su hija Rubi sobre el pecho, ella roncaba ligeramente, más que él. El perro se levantó de su sitio a los pies del sofá y se acercó a darle la bienvenida moviendo el rabo, ella le rascó en las orejas y el cánido consideró cumplida su misión y volvió a su lugar a la vera de sus amores.

Rubi mantenía agarrado un mechón de cabello de Chack en su pequeño puño y el muñeco descansaba en la boca del hombre, y aun así era capaz de dormir como un tronco.

Dejó las cosas sobre la mesa y cogió en brazos a su hija; no le resultó fácil, ya que él hizo fuerza para agarrarla e impedir que se la llevara. Era curioso, así habría reaccionado ella misma, Chack ya tenía desarrollados los instintos de un padre.

—Chack, deja que lleve a Rubi a la cama —le susurró al oído. Él la soltó, pero no abrió los ojos, Beatrix se dio cuenta de que seguía funcionando solo con instinto: aun dormido se daba cuenta de que la niña estaba a salvo.

La dejó en la cama y se quitó el vestido y el maquillaje en el baño que estaba impoluto. Había dejado la puerta abierta para poder escuchar a los niños, era una costumbre. Se puso uno de los camisones que usaba para dormir y al salir se dio cuenta de que Chack estaba bien despierto.

—Sigues estando preciosa —le confesó con voz ronca, quizá por el sueño,

quizá no.

—Eres consciente de que no deberías espiarme ¿verdad?

—Soy consciente de que es posible que esta sea la última vez que te vea desnuda, deja que lo guarde en mi memoria.

—No estoy desnuda; ahora no.

—Confía en mí; lo estás.

—Gracias por recoger el baño, sé bien que suele quedar desastroso.

—Ni te lo imaginas.

Ella alzó una ceja, era la que lo hacía todas las noches, ¿cómo no iba a imaginárselo? Entonces Chack miró hacia Big Rock y ella lo entendió.

—Ya decía yo que olía a flores.

—Sí, mi perro, que odia el agua, ha decidido hoy darse un baño.

Ambos sonrieron, él estaba sentado en el sofá y había puesto los pies sobre la mesita, se había quitado las botas, pero no los calcetines. Ella continuaba al lado de la puerta del baño de pie, con las manos cruzadas detrás de la espalda como si ocultara algo.

Chack dio un golpecito en el asiento al lado suyo, indicándole que se sentara. Ella lo hizo.

—¿Quieres que te prepare una infusión o un vaso de leche? —le preguntó él.

—Leche, por favor, con cacao.

—Hecho.

A los pocos minutos volvió con dos tazas, una para cada uno.

—Ten cuidado, quema.

Ella sopló antes de dar un traguito.

—Umh, fantástico —exclamó. Metió los pies bajo su trasero, cogió el recipiente con las dos manos y comenzó a dar sorbos.

—Cuéntame qué tal tu cita.

—¿De veras quieres saberlo?

—Somos amigos ¿no?

—No ha estado mal.

—Eso no suena muy esperanzador. —Era un mentiroso, para él eso era música maravillosa.

Ella continuó bebiendo.

—¿Cómo es posible que no te quemes?

Bea le miró con picardía.

—Me gustan las cosas muy calientes o muy frías, no me gustan las cosas templadas.

A él se le paró el corazón, se le estaba insinuando. El camino de su taza hacia la boca se interrumpió.

—Si quieres que seamos amigos, no puedes decirme esas cosas —la riñó.

—Fue agradable. Es una primera cita, es... normal, no sé. Tampoco es que haya tenido muchas.

—Te aseguro que eso no es lo que un tipo quiere escuchar tras su primera cita.

—¿Qué tal por aquí?

—He hecho un descubrimiento muy importante —declaró el gigante rubio.

—¿Cuál? —se sorprendió ella.

Chack dejó la taza sobre la mesa y rebuscó bajo un cojín, entonces levantó la mano con la novela de Bea en ella.

—Última entrega, la vieja da mucho miedo, por cierto. Espero que esto no le dé ideas a la señora Lebowsky.

Ella le miró indignada y se abalanzó sobre él.

—¡Devuélvemela! —le exigió.

—Ni hablar, la estoy leyendo y no me puedo creer que se vayan a cargar al prota.

Ella se quedó paralizada casi encima de él por completo.

—¿Cómo que se lo cargan? —le dijo muy seria.

—Eh, tranquila, no lo sé, de momento lo ha intentado.

—¿Quién? No, no me lo digas. —En ese momento se dio cuenta de que sus

cuerpos estaban pegados por completo y de que el camisón se había subido con la pequeña lucha mantenida.

Además, una de las enormes manos de él descansaba tranquilamente sobre el culo de ella, mientras que con la otra seguía sosteniendo el libro. Lo sintió endurecerse debajo de ella, la miraba intensamente, las pupilas completamente dilatadas y la respiración alterada por completo, probablemente igual que ella misma.

No lo pudo evitar, no supo cómo pasó, solo que de repente su traicionera boca quiso poseer la de él, y lo hizo. Lo besó a conciencia, se restregó contra él, la novela voló por los aires y Chack quiso darse la vuelta para aprisionarla y que no pudiera escapar de su instinto, sabía que si la dejaba pensar volvería a ver todos los obstáculos que su relación podría sufrir.

Pero terminó en el suelo, no había tenido en cuenta su tamaño y el del sofá. Chocó con Big Rock y el perro ladró, entonces un niño lloró y Beatrix voló hacia el pequeño.

Él respiró para recuperar el pulso normal de su corazón. Cuando Bea volvió al salón, Chack se dio cuenta de que la atmósfera había cambiado, no había mucho que hacer esa noche, mañana hablarían claro.

—Será mejor que me vaya ¿verdad? —le preguntó, esperanzado.

Ella asintió sin decir nada.

—¿Te ha dado un beso de buenas noches? —Esa vez su mirada reflejaba pesar, ya sabía la respuesta a esa pregunta, conocía a su amigo bien.

—¿Por qué quieres saberlo? —se preocupó ella.

Ambos estaban de pie, él ya cerca de la puerta, ella al lado del dormitorio de los niños.

—En realidad preferiría no... bueno, quiero decir que... —Abrió para salir sin comentar nada más, guardándose el orgullo que le quedaba.

—Chack... —susurró Bea, casi en un lamento.

Él se agarró al dintel, pero no la miró al contestar.

—Sé que te dije que podíamos ser amigos, que salieras con él, pero mentí,

no puedo soportarlo. Solo de pensar que te ha tocado me dan ganas de matarlo, lo siento si te parece... anticuado o... no sé... yo... no quiero que estés con él, ni con otro; te quiero para mí. Y no quiero que los niños, nuestros niños, traten con él, quiero volver a escuchar a Rubi llamarme papi. Soy un egoísta, lo sé, pero esa es la verdadera razón de que la dejase hacerlo, yo... yo... me encantó, me llenó casi tanto como tenerte en mis brazos. Te quiero; os quiero. No quiero que seáis de nadie más.

Terminó de salir y cerró la puerta en silencio.

Mal principio, ¿Buen final?

Bea estaba tan nerviosa como una colegiala que fuese al encuentro de su primer amor. Había escuchado a Chack salir temprano esa mañana. Estaba segura de que daría un paseo con su moto y se marcharía al garaje a trabajar, lo conocía ya lo suficiente como para saber que eso le relajaba.

El gran portón de entrada estaba abierto, decidió pasar por ahí en vez de por la puerta de la oficina situada en la parte de atrás de la nave.

Tenía puesta la máscara y estaba usando el soplete, no la vería entrar, así es que, para que le hiciera caso, cogió las llaves de su última creación, una maravilla en color rubí y con llamas en los laterales, horquillas extralargas y cuelga monos, que para ella era algo que hacía más complicada la conducción, pero que a los moteros les encantaba. La puso en marcha y contó:

Cuatro, tres, dos...

—¿Qué demonios...? —Tenía la misma capacidad de escuchar el ronroneo de un motor, que ella el llanto de uno de sus hijos.

Había apagado el soldador y se había levantado la visera.

—¿Qué haces? —le preguntó.

—Buenos días —contestó ella, irónica.

—Buenos días, ¿qué haces?, las motos no son para jugar.

—Quería llamar tu atención, y lo he conseguido.

—Sí, la verdad es que suena genial, no tardaremos en venderla.

—¿Le has puesto nombre? —Él afirmó con la cabeza.

—Rubi.

—Ya, es... gracias.

—No me las des hasta que no le ponga a una Beatrix.

—Pensé que le querrías poner *Cariño*.

Chack se deshizo del casco y dejó las herramientas a buen recaudo antes de contestar. Se sacó los guantes y se pasó las manos por la pernera de los pantalones.

—No juegues conmigo, Bea, para mí todo esto es serio —confesó acercándose a ella.

—No estoy jugando. Anoche me di cuenta de muchas cosas.

—Antes, durante o después de... tu cita.

—Durante y después.

—¿Me lo vas a contar?

—¿Podemos ir a un sitio con algo más de intimidad?

—No —concluyó dando un par de pasos más hacia ella, la chica se alejó hasta topar con la pared.

—¿Por qué? —quiso saber Bea.

—Porque si vamos a un sitio con más intimidad, no vamos a hablar.

—De acuerdo. —Ella cerró los ojos y se tomó unos segundos.

—Desembucha.

—La cita fue bien.

Él frunció el ceño, desde luego no era eso lo que esperaba escuchar. No dijo nada.

—El problema es que yo no estaba allí. Sé que Charlie estaba encantado, o eso parecía, pero durante toda la noche estuve pensando qué estaríais haciendo vosotros, qué tal te las estarías arreglando, cómo habrían ido las duchas. Cosas tontas y nada interesantes, pensaba en lo que tú y yo habíamos hablado, en Rubi y la niña a la que tendré que estrangular, en cómo Nicky ha descubierto los deportes, en mi pequeño Justin haciéndose mayor, hasta pensé que Big Rock parece rejuvenecido. Por Dios, ese perro era lo más vago del

mundo.

»He peleado con ello, porque tengo miedo, pero la verdad es que yo ya nos veo como una familia, es lo que deseo. Entiendo que es demasiado y muy pronto, pero lo quiero todo de ti. Cuando Charlie me besó no sentí nada, no respondí, se dio cuenta y me preguntó si era por él o por mí, o tal vez por eso que no sentía por ti. Y lo supe, solo quiero besarte a ti. Pero no es lo único que quiero, deseo levantarme contigo todas las mañanas, anhelo compartir mi día contigo, quiero que me ayudes a criar a nuestros niños y ...

No pudo continuar, Chack la levantó en vilo y, apoyándola contra la pared, la besó con toda la intensidad que le cabía en el alma.

—¡Joder! Buscad un hotel, yo os lo pago, en serio.

Rudy, el mecánico más antiguo del taller, se quejó sin conseguir que se separasen.

—Vale, cierro la puerta y os doy media hora. En media hora vuelvo.

—Una hora —pidió Chack sin despegar del todo la boca de los labios de Bea.

Bea escuchó el portón cerrarse y se apartó lo justo para sacar a Chack la camiseta por la cabeza, él la mantenía clavada a la pared con sus caderas. En cuanto la prenda desapareció, las manos de Beatrix volaron al pecho de su amante, le acarició y enredó los dedos en el vello que lo poblaba, tan rubio como el de su cabello o la barba que en ese instante le hacía cosquillas en el cuello. Chack levantó la camiseta de la joven y se lanzó sin contemplaciones a por sus pechos, los besó y chupó hasta que la escuchó gemir. La pasión los estaba desbordando y el gigante rubio aprovechó los rotos de la camiseta del garaje para abrirla en dos, le desabrochó el sujetador que tenía el cierre delantero y entonces sí, se dio un festín completo.

Beatrix se estaba deshaciendo en brazos de su vecino, el cosquilleo que comenzaba a recorrer todo su cuerpo le avisó de que probablemente sería el polvo más corto de su historia. ¿Podía una mujer sufrir de precocidad en el orgasmo?, sin duda ella iba a sentirla. Llevó las manos hasta la cremallera del

vaquero del hombre y le asió en todo su esplendor con la mano.

—Si haces eso, no llegaré a estar dentro de ti —se quejó él.

—Pues date prisa.

Chack entró en ella de un solo empujón, Bea le oyó sisear. Se estaba conteniendo.

—Te juro que si me muevo me corro, pero te compensaré luego, no puedo...

—Vamos, vamos, yo... ¡lo tengo, lo tengo!

—Nena, no llevo preservativo. ¿Quieres que hagamos otro niño? —le susurró al oído moviéndose despacio.

El grito de placer de Bea se escuchó fuera, de eso estaba seguro Chack, él no gritó, no tenía voz. Solo pudo sostenerse durante unos instantes, hasta que, con ella aún en brazos, se deslizó hacia el suelo y quedó de rodillas.

—Me has hecho el hombre más feliz del mundo.

—Te quiero —le contestó Bea.

Epílogo

Candy y su salvaje fueron a visitar a su amigo Chack a su nueva casa. Una algo más grande cerca del taller, así él y su reciente mujer tenían más tiempo para estar con los niños; en el apartamento que había encima del garaje, vivía una emancipada Spock, que seguía estudiando y cuidando de los niños, y en la casa con ellos vivía la señora Lebowsky, que seguía ayudando en todo lo que podía.

La rubia miró hacia atrás desde el coche mientras se despedía con la mano. La estampa que dibujaban desde el porche de la vivienda era preciosa. La barriga de Bea era bastante grande, por lo que le habían dicho, Rubi seguiría siendo la princesa de la casa, otro niño venía en camino; Bea era la fecundidad en persona. Spock estaba haciendo un curso de contabilidad para suplir a Bea cuando diera a luz y tuviera que pasar más tiempo en casa con el bebé.

Chack le dijo que era una locura pasar de vivir solo a tener tanta gente en casa, pero era su locura, lo que quería, la locura del gigante rubio.

Habían hecho una barbacoa y habían jugado un rato en el jardín, se les veía realmente felices.

Cuando los perdió de vista, acomodó su postura hasta apoyar la cabeza en el hombro de Byron mientras él conducía. Se le alegraba tanto de que por fin Chack hubiera creado su familia y que fuera tan hermosa... Sonrió y se quedó dormida el resto del trayecto.

Chack cogió a su mujer en brazos y entró en casa.

—¡Suéltame! Estoy como una vaca, me caeré —se quejó Bea sin mucha convicción.

—Nunca dejaré que pase eso.

—Mira que eres creído, aunque eres un creído muy guapo.

—Gracias. —La besó en la boca con intensidad.

—¿Dónde me llevas? —quiso saber ella.

—Mientras Candy y tú tomabais el sol, Byron y yo hemos hecho algo.

La soltó delante de la puerta de la habitación del bebé. Ella aguantó la respiración. Hacía ya un tiempo que la habían pintado, cuando ella aún se movía con facilidad, y en ese momento no era el caso, pero aún tenía que montar la cuna, la cómoda y el cambiador. Beatrix no era muy hábil en esas lides, como demostró en la pelea con el fregadero, hacía ya casi una eternidad.

Bea entró emocionada y el pecho se le llenó de amor cuando vio el resultado.

—No sé por qué estoy llorando, es solo una habitación —se recriminó sorbiendo ruidosamente.

Chack la abrazó por detrás.

—Yo también he llorado cuando la he visto acaba.

—¿Delante de Byron Savage? —se sorprendió ella.

—Sí, pero hemos disimulado muy bien, como dos hombretones de verdad.

Bea rio con fuerza.

—Ya os imagino dándoos palmaditas en la espalda.

Se acercó a una pared donde un cuadro sobresalía de los otros.

—Pero... esto... esto es...

—Sí, lo es, al fin y al cabo, tiene parte de responsabilidad sobre tu tripa.

Bea posó la mano sobre el cuadro, en él restos de un trozo de tubería se colocaban de forma artística.

La mujer se dio la vuelta y cogió la cara barbuda del hombre entre sus dos manos.

—Te quiero un montón, morena —le confesó él.

—Y yo a ti, he tardado en encontrarte, pero solo porque tenía que tener a estos pequeños primero. Y ahora esta cosita nuestra que crece en mi interior, y tiene toda la pinta de ser un pequeño gigante rubio.

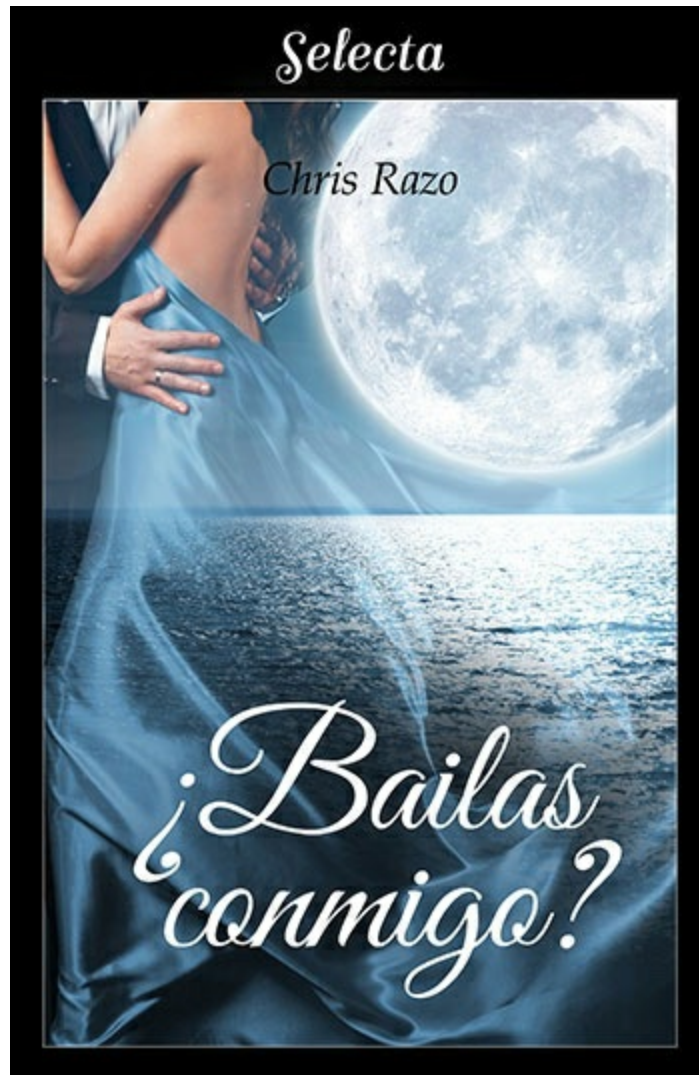
FIN

Agradecimientos

Gracias a las lectoras que invertís en mis historias y os dejáis subyugar por el amor. A mi grupo A solas con Bela, mi aliento incansable; a Ely y Mariola, porque os he tenido esclavizadas un tiempo.

Quiero, por último, darte las gracias a ti, mami, por ser tan fuerte, íntegra y completa, gracias por luchar hasta con fuerzas inventadas para salir adelante, gracias por darme por adelantado, como herencia, tu valor. Gracias por ti, siempre.

Si te ha gustado
El gigante rubio
te recomendamos comenzar a leer
¿Bailas conmigo?
de *Chris Razo*



1. Una obsesión disfrazada de amor

Hoy por fin, he recibido el alta de mi psiquiatra. Después de mucho tiempo, puedo decir que estoy completamente recuperado.

Han sido meses muy duros, en los que no veía el final del camino, pero ahora todo está bien. He comprendido que mi amor por Laura no era sano, y tenía que curarme.

Mi obsesión por ella me llevó a hacer cosas que yo jamás hubiera pensado. Fui capaz de secuestrarla solo para que estuviera conmigo.

No fui justo con ella, y hasta el día de hoy, no he podido pedirle disculpas por todo lo que hice.

Los primeros días de terapia fueron duros. Mi psiquiatra trataba de hacerme entender que lo que yo sentía por Laura no era amor, sino una obsesión que me había hecho enfermar.

Yo era incapaz de verlo así. Mi corazón me decía que estaba enamorado y que yo era lo que se merecía.

Lloré mucho. Ese era mi escape. La única manera que tenía para sobrellevar el dolor que me producía el estar lejos de la mujer que amaba.

Después de unos meses de terapia individual, mi psiquiatra decidió que sería bueno que entrara en un grupo y que escuchara los testimonios de gente que también había pasado por un mal momento. En ese instante, la idea no me entusiasmó, pero luego me di cuenta de que esa iba a ser mi mejor cura.

Allí conocí a Lena. Una mujer que me hizo comprender el valor de la vida, y lo equivocado que estaba con ciertas cosas.

Una mujer luchadora, con un corazón roto, el cual trataba de disfrazar bajo una bonita sonrisa.

El día que se presentó en terapia, supe que esa mujer solo venía a darnos un hilo de esperanza a todos los que estábamos ahí, abrumados por nuestros

problemas.

Un día coincidimos cuando yo salía de terapia, y juntos tomamos un café.

Lena era de esas personas con las que sientes una conexión especial. De aquellas que te sientas a hablar con ellas por primera vez, y sientes que la conoces de toda la vida.

Conseguimos crear una bonita amistad. Nuestras charlas se convirtieron en diarias, y poco a poco, conseguimos abrir nuestros corazones.

Ella había sufrido mucho con su última pareja, con la que había tenido una hija: Estrella. Una niña preciosa a la que tuve el placer de conocer muy pronto y que conquistó mi corazón.

Estrella era una niña morena, con el pelo largo y oscuro, lleno de rizos, que más que rizos, parecían caracoles. Su tez era oscura, lo que hacía todavía más impactante el color azul de sus ojos.

Era una niña llena de amor, y a la que le encantaba que le dieran cariño.

Los meses fueron pasando, y mi relación con esos dos ángeles que la fortuna me puso en el camino, cada día era más perfecta.

Fueron mi dosis de vitamina, para darme cuenta de que la vida tenía cosas maravillosas.

Un día, que parecía ser uno cualquiera sin importancia, Lena, me pidió que quedáramos para charlar. Su cara no era la misma de siempre, y yo empezaba a preocuparme.

—¿Ha ocurrido algo con Estrella? —pregunto—. Me has preocupado con tu insistencia para vernos hoy.

—No. Estrella está bien. Soy yo la que no lo está, Jaime. Necesito sincerarme contigo.

—Me estás asustando. Dime lo que sea ya.

—Me estoy muriendo. No me queda demasiado tiempo de vida, y necesito que hagas algo por mí.

—¿De qué estás hablando? ¿Cómo que te mueres? ¿Qué son esas tonterías?

—No es ninguna tontería, Jaime. Aunque si te soy sincera, me encantaría

que esto no fuera más que una maldita pesadilla. Hace un año me detectaron un tumor en la cabeza. Al principio, parecía que la cosa no era demasiado grave, pero conforme pasaban los meses, la cosa se fue complicando. Traté de buscar una solución, pero al final comprendí que simplemente mi tiempo de estar aquí estaba llegando a su fin, y que lo único que tenía que hacer era aprovecharlo, sobre todo por Estrella. No ha tenido, bueno... no va a tener una vida fácil, pero es una niña muy inteligente, y sé que sabrá cómo llevarlo.

»No pretendo darte pena con mi discurso. Yo misma sé las consecuencias de esto, y sé muy bien que tengo que irme, y no tengo miedo. Solo hay algo que me preocupa y que necesito resolver para poder irme tranquila. Lo que te voy a pedir es mucho más que un favor, y tienes todo el derecho a decirme que no, pero me gustaría que pensaras la respuesta, y que no me respondieras a la primera: quiero que te hagas cargo de Estrella. Sé que sería un cambio muy brusco en tu vida, pero desde que te vi con ella, comprendí que tú serías la persona adecuada para cuidarla. La niña te adora, y sé que tú también lo haces.

»Apenas tiene dos años, pero sé que su vida contigo al lado, es perfecta. No sé cuánto tiempo me queda, Jaime, pero necesito saber que mi hija va a estar con alguien que la quiera y la cuide. Es lo único que me hace falta para poder irme en paz. Me gustaría que se quedara con algún familiar, pero tú sabes que eso no es posible. No me respondas todavía. Piénsalo.

—Sí.

—¿Cómo que sí?

—Que acepto. No tengo nada que pensar. No sé cómo seré siendo padre; puede que sea un desastre, pero también tengo claro lo mucho que adoro a esa niña y a ti. Las dos habéis sido un pilar fundamental en mi recuperación, y eso jamás podré olvidarlo. No quiero pensar que Estrella puede quedarse sola. No podría soportarlo. Puedes contar conmigo para todo. No pienso dejaros solas a ninguna de las dos. Vosotras sois parte de mi vida.

Esa conversación me dejó tocado durante meses. No quise demostrarle a

Lena el miedo que sentía. Quería que, cuando llegara el momento, ella se fuera tranquila, y sabiendo que su hija se quedaba en las mejores manos.

Y así fue. Tras meses de papeleos, lo que parecía algo lejano, se convirtió en una realidad: Estrella era mi hija.

Esa fue mi cura. Un año internado, meses de terapia, y mi mayor medicina fue conocer a esas dos mujeres que se metieron en mi corazón para no salir jamás.

Ocho meses más tarde, Lena nos dejaba con un vacío muy grande en nuestras vidas.

Era complicado explicarle a una niña de tan solo dos años que su mamá se había marchado para no regresar.

El gigante rubio



«Es curioso que no pueda evitar mirar por la ventana cada vez que llega, en realidad no es mi tipo. Es demasiado... grande. No más brutos en mi vida, lo tengo claro, quiero un hombre sensible y tierno, que acepte a mis hijos como si fueran suyos, alguien que me deje ser quien soy. Aunque... para un ratito...».

«Ya está la vecinita mirando por la ventana, pensará que no me doy cuenta, creerá que soy idiota. Eso nos pasa a los que no tenemos el tamaño de la media. Todas las mujeres me miran como si una de mis cabezas tuviera que ser grande y la otra pequeña... Pues no, señoras, las dos son grandes».

Él es un hombre rudo que se mueve en un pequeño círculo, acaba de sufrir un desamor por una chica con un niño, lo último que necesita es una con tres, pero la forma en que lo mira...

Ella quiere sexo, lo tiene claro, y él podría proporcionárselo, pues es el tipo de hombre «una aventura y nada más», después ya buscará al hombre definitivo.

Pero a la vida le gusta jugar según sus reglas y se parte de risa moviéndonos como títeres por caminos inventados. Solo puedes luchar contra ella o seguir su juego.

Una nueva y divertida historia de Bela Marbel que no podrás dejar de leer hasta el final.

Berla Marbel nació en Benalúa de Guadix (Granada, Andalucía) en la década de los setenta. En la actualidad, reside en un pintoresco pueblo de la costa de Alicante, con su marido y dos perros. Su pasión por los libros la lleva escribir sus propias historias desde edad muy temprana. Tras descubrir la literatura romántica, rápidamente se ve atrapada por el género. Un interés por la narrativa que queda plasmado en cada página de *Espirales en el ombligo*, su primera obra publicada, así como en *Mi tierra eres tú* y *Te tengo en mi piel*, todas ellas forman parte de la serie «Segundas oportunidades». Además, ha publicado también *Última entrega*; una historia corta y ha participado en varias antologías, como *Corazonhadas*, que se gestó en favor de AECC. La autora ha creado en Internet su propio espacio virtual; una página que lleva por título «El amor y otras psicopatías».

Edición en formato digital: abril de 2019

© 2019, Bela Marbel

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17610-43-2

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

Visita:

ebooks.megustaleer.club



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

El gigante rubio

Mala espía, buena mirona

Mala vecina, buena enfermera

Mala fontanera, buena madre

>Buen sexo, mala idea

Buen sexo, ¿mala idea?

Mala idea, buen golpe

Mala elección, buena casualidad

Mal momento, buen deseo

Malas compañías, buen trabajo

Mal amigo, buen niño

Mala cita, buena apuesta

Mal principio, ¿Buen final?

Epílogo

Agradecimientos

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro

Sobre Bela Marbel

Créditos